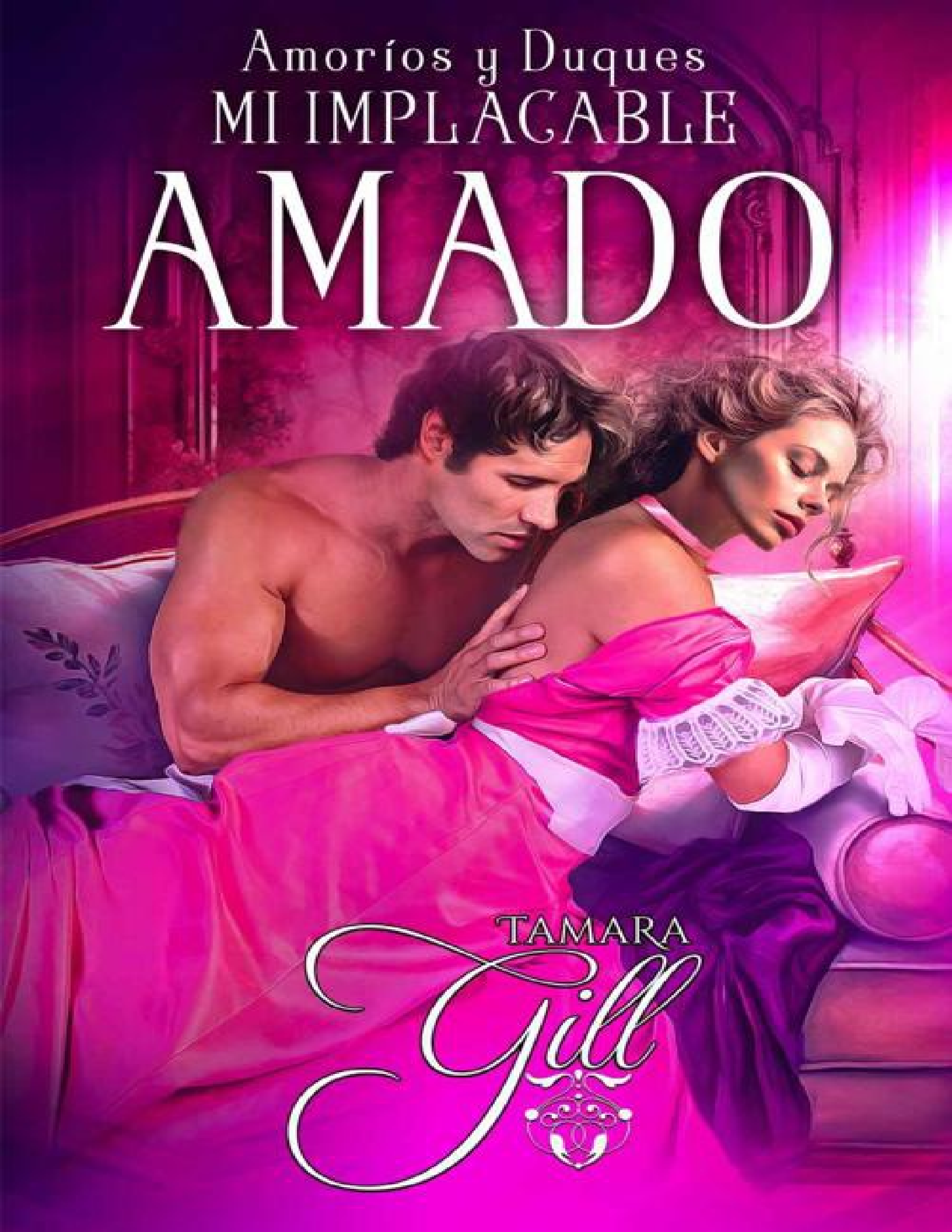
Amoríos y Duques

MI IMPLACABLE AMADO



TAMARA Gill

Amoríos y Duques

MI IMPLACABLE AMADO

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Epílogo

Otras Obras de Tamara Gill
Acerca de la autora

CRÉDITOS

Mi Implacable Amado
Amoríos y Duques, Libro 3
Copyright 2024 por Tamara Gill
Portada Wicked Smart Designs
Todos los derechos reservados

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del escritor o se han utilizado de forma ficticia y no deben interpretarse como reales. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos reales, lugares u organizaciones es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Sin limitar los derechos de autor reservados anteriormente, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o introducida en una base de datos y sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o medio (electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de otro tipo) sin el previo permiso por escrito tanto del propietario de los derechos de autor como de los editores anteriores.

SINOPSIS

En una sociedad donde el deber pesa más que el deseo, Lady Sara Cary estaba atrapada en un matrimonio sin amor con un hombre lo suficientemente mayor como para ser su abuelo. Cuando la tragedia golpea y se convierte en una joven viuda, queda indigente y sola. Obligada a trabajar como dama de compañía, Sara se resigna a una vida de servidumbre hasta que aparece un salvavidas en forma de amigos leales que la ayudan a reclamar su legítimo lugar en la sociedad. Decidida a enmendar los errores de su pasado y reavivar el amor que perdió, Sara se embarca en un valiente viaje para recuperar el corazón del hombre que nunca dejó de amar.

Lord Sinclair St. Auburn, ahora un caballero adinerado y con título nobiliario, busca una esposa adecuada para asegurar su futuro. Pero el recuerdo de su amor perdido, Lady Sara Cary, persiste como una sombra inquietante. Traicionado y herido por su precipitado matrimonio, alberga un resentimiento profundo hacia ella, sin embargo, su corazón aún anhela su abrazo. Cuando el destino los reúne una vez más, Sinclair debe enfrentarse a sus demonios internos y decidir si aferrarse al dolor del pasado o abrazar un futuro que promete la verdadera felicidad. ¿Podrá encontrar dentro de sí mismo la fuerza para perdonar a Sara y aprovechar la oportunidad de un amor que desafía todas las probabilidades?

CAPÍTULO
UNO

La capacidad de hablar de Lady Sara Cary cesó en el momento en que su empleadora de los últimos años le dijo que podía seguir viviendo en su casa de la plaza Golden Square todo el tiempo que quisiera.

—Lady Howard, no puede hablar en serio. Eso es demasiado amable y una caridad excesiva. No podría aceptar tal situación —dijo, incapaz de procesar tanta generosidad.

Lady Howard descartó sus preocupaciones con un gesto mientras se ponía de pie y se colocaba los guantes. —No seas tonta, Sara. Somos amigas y no tienes que llamarme Lady Howard en privado. Quiero que te quedes aquí. La casa estaría vacía de otro modo, y siempre he pensado que es mucho mejor que una casa esté habitada a que no lo esté.

—Pero es demasiado. Por mucho que te lo agradezca, no puedo ser una carga tal para tus finanzas. Nunca podría pagártelo, Dorothy.

—No tienes que preocuparte por los gastos. Yo me encargaré de ellos. Como antes, recibirás un pequeño ingreso de mi parte para mantener esta casa en buenas condiciones; eso es todo lo que pido. Por favor, no te preocupes por tus finanzas. Puedo ayudarte ahora, así como tú me ayudaste estos últimos años. Déjame ser tu amiga. Te dará la oportunidad de reintegrarte a la sociedad no como dama de compañía, sino como la baronesa viuda que eres.

Eso era cierto, la generosa oferta de Lady Howard —Dorothy— le permitiría reincorporarse a la sociedad de la que una vez formó parte, asistir a bailes y cenas, y no preocuparse por su futuro. —No sé qué decir. Te estaré eternamente agradecida por tu bondad. —Las lágrimas brotaron de sus ojos y, por mucho que intentó controlar sus emociones, no cedieron. Se secó una lágrima perdida mientras se ponía de pie para desearle un buen día a Lady Howard.

—Nada de lágrimas, Sara —dijo Dorothy, abrazándola—. Has sido mi amiga y compañera, me has permitido más libertad de la que debería haber tenido y, al hacerlo, me has permitido enamorarme de mi querido marido. Ahora puedo ofrecerte estabilidad y seguridad como agradecimiento. Por favor, di que aceptarás lo que te estoy dando, que lo disfrutarás y vivirás como deberías haberlo hecho si el difunto Lord Cary hubiera hecho lo correcto contigo.

Sara asintió, incapaz de formar una respuesta con el gran nudo en su garganta. —Gracias —logró decir con voz ronca, enlazando su brazo con el de Dorothy y acompañándola hacia la

puerta—. Me han invitado al baile de los Flanders mañana por la noche. ¿Estarás allí? —preguntó Sara, esperando tener al menos una aliada entre la alta sociedad.

—Sí, estaré allí, pero al día siguiente nos iremos a nuestra finca de campo y no volveremos a la ciudad. ¿Crees que podrás pasar bien la temporada sin mí?

—Por supuesto. Gracias a tu generosidad, estaré muy bien ahora. Y tú deberías irte de Londres, disfrutar de tus viajes como recién casada y no pensar más en mí ni en Londres.

Dorothy le lanzó una sonrisa cómplice que Sara solo podía soñar. Una sonrisa que le hablaba de la felicidad de su amiga, de un matrimonio satisfecho lleno de pasión y amor. Sara nunca había conocido tal unión, ni siquiera cuando estuvo casada con Lord Cary.

El hombre, cincuenta años mayor que ella, apenas tenía energía para estar de pie más de cinco minutos y no estaba inclinado al romanticismo.

Se estremeció, agradecida de que su matrimonio hubiera sido de corta duración, aunque tuviera que soportar el lecho conyugal una vez por semana.

—Te veré mañana por la noche —dijo Dorothy, bajando los pocos escalones de la entrada de la casa antes de subir a su carruaje.

Sara la despidió con la mano y cerró la puerta principal, dirigiéndose a su habitación en el piso de arriba. Supuso que podría mudarse del apartamento más pequeño y hacer suya la suite principal del dormitorio.

Tirando del cordón para llamar a una doncella, pronto instruyó al personal para que trasladara sus pertenencias a la habitación más grande que daba a Golden Square y les informó del nuevo arreglo.

Paseó por la casa, sintiendo una sensación de satisfacción que no había experimentado en años correr por sus venas. Qué excelente era Dorothy al hacerle este regalo de independencia y seguridad.

Qué maravilloso era poder reintegrarse a la sociedad y disfrutar de su vida. Después de todo, solo tenía veintiocho años, demasiado joven en su opinión para quedarse soltera. Si Dorothy pudo encontrar el amor a su edad, quizás ella también pudiera.

La imagen de Lord St. Auburn cruzó por su mente y frunció el ceño. El conde podría ser una espina en su costado. No la había favorecido durante años, y a menudo lo encontraba con los labios apretados y mirándola con el ceño fruncido. Todavía estaba enojado con ella, y con razón. Ella seguía furiosa consigo misma, pero él no sabía la verdad. No entendía cuánto había sacrificado por su familia.

Y ahora nunca lo sabría porque no le había dirigido la palabra en diez años, y tampoco intentaría hacerlo. Pero eso estaría bien; su pasado no significaba que su futuro tuviera que colisionar.

Volvería a entrar en sociedad y sacaría el mejor partido de su situación, encontraría un caballero que pudiera amarla como se merecía y crearía un futuro feliz para sí misma.

El pasado podía haber sido cruel e implacable, pero el futuro se veía brillante, y ella se

aferraría a sus esperanzas con todo lo que tenía y esperaría un excelente final para la temporada.

CAPÍTULO
DOS

LORD SINCLAIR AMBROSE, conde de St. Auburn, se esforzó por no torcer el labio con desagrado al ver a Lady Sara Cary de pie con un grupo de damas que discutían ansiosamente sobre lo que fuera que las damas hablaran en bailes y fiestas.

La conversación sin duda sería poco interesante y lejos de lo que cualquier caballero tendría curiosidad por escuchar. Sin embargo, cada vez que Lady Sara reía o añadía algún detalle a la conversación, él vislumbraba a la joven que una vez fue.

No es que ahora fuera vieja... pero sin duda habían pasado algunos años desde que había estado al alcance de su oído. Un resultado que preferiría mantener así, si pudiera evitarlo.

La idea de que ahora estuviera de vuelta en sociedad, ya no como dama de compañía sino como la baronesa viuda que era, duplicó su irritación. Había esperado no tener que verla nunca más. Ya había sido bastante malo cuando era la dama de compañía de Lady Howard. Había esperado que tras el matrimonio de Lord Howard, la baronesa viuda regresara con su familia en Kent, pero no fue el caso.

Oh no, Lady Cary estaba aquí, decidida a ser una espina en su costado por siempre jamás.

—Lord St. Auburn, buenas noches. Espero que esté teniendo una velada encantadora —dijo Lady Howard, acercándose a él y observándolo con más interés del que él apreciaba.

—Buenas noches, Lady Howard, y felicidades una vez más. ¿Puedo desearle un viaje seguro en los próximos días?

—Vaya, gracias. —Su señoría sonrió y tomó un sorbo de su ratafia—. ¿Puedo pedirle un favor, milord? Como es usted uno de los amigos de mi esposo y fue instrumental en que nos encontráramos, pensé en hacerle una petición, si está dispuesto.

Sinclair se aclaró la garganta, sin disfrutar particularmente que le recordaran la apuesta que había hecho con Lord Howard respecto a su ahora esposa y que se hubiera descubierto. Asintió, sabiendo que no había nada más que pudiera hacer como caballero sino acceder a su petición.

—Por supuesto, ¿qué desea pedirme?

—Bueno, en cuanto a eso —dijo ella, mirando hacia los otros invitados—. Mi querida amiga, Lady Cary, estará completamente sola en Londres cuando estemos en el campo, y esperaba que usted pudiera vigilarla. Asegúrese de que sea tratada apropiadamente e incluida. Ha estado fuera

de la sociedad durante tanto tiempo, y sé que no está tan cómoda como usted y yo en esta esfera. ¿Haría eso por mí?

Sinclair se ajustó el corbatín y luchó por no mover los pies. Su petición no era lo que esperaba, ni apreciaba lo incómodo que le hacía sentir la súplica.

¿Ayudar y vigilar a Lady Cary? No podía pensar en nada más espantoso. No le importaba lo que le sucediera a la mujer o si era incluida en su esfera social.

Podría irse al mismísimo infierno por lo que a él le importaba.

—No creo que sea apropiado, milady. No solo somos de sexos opuestos, sino que yo estoy soltero y ella es viuda. Si la favoreciera por encima de cualquier otra en este ámbito, pronto se desatarían los rumores, y tengo que encontrar una esposa propia. Me temo que guiar y proteger a Lady Cary podría obstaculizar las posibilidades de que otras jóvenes me vean como un posible pretendiente. —Ahí, su explicación era amable y en cierta medida fiel, y pondría fin a este absurdo plan de Lady Howard.

Su señoría desechó su justificación con un gesto y le lanzó una sonrisa que parecía más presumida que amable. —No creo que ese sea el caso, milord. Vigilar a mi amiga, ahora también amiga de Lord Howard, no es una gran petición. No tiene que cortejarla ni hacer notar su presencia. Solo asegúrese de que nada inapropiado o malintencionado ocurra en bailes o cenas. Eso es todo lo que pido. Y en cualquier caso —continuó, apenas tomando tiempo para respirar —, creo que me debe una, milord. Hizo una apuesta a mi costa hace solo unas semanas. Hacer esto por mí asegurará que le perdone su insensatez. —Le sonrió con tal encanto que pudo ver por qué Lord Howard había caído a sus pies y suplicado por su mano en matrimonio.

No es que hubiera hecho tal cosa, en realidad, pero su amigo se había enamorado perdidamente de Lady Howard y parecía mucho más feliz por ello.

Sinclair suspiró, mirando hacia donde estaba Lady Cary. Aún parecía entretenida y feliz en su conversación. —Ella no necesita mi asistencia ni mi vigilancia, y no creo que lo apreciara si descubriera que estoy haciendo tal servicio sin su conocimiento.

—Oh no, le diré que le he pedido que la mantenga a salvo antes de irme, y no creo que haya ningún problema.

Sinclair luchó por no burlarse de las palabras de su señoría. La mujer no conocía su historia, lo cual no le sorprendía. El pasado de Lady Cary no era algo que él imaginara que ella siquiera le gustara mencionar, ya que no la mostraba bajo la mejor luz.

No, la mostraba en la peor, en su opinión. Pero, ¿quién era él para decir algo al respecto, siendo el hombre que la había perdido ante un caballero cincuenta años mayor que ella?

—No es una buena idea, milady. Debo negarme.

—No, no puede negarse, milord, y ahora lo dejaré y no diré ni una palabra más sobre el asunto. Gracias por hacer esto por mí y Lord Howard, estamos muy agradecidos.

Sinclair la vio alejarse como si sus palabras no hubieran sido pronunciadas. Apretó los dientes y se negaría a hacer lo que ella decía, sin importar el resultado.

Lady Cary podría irse al infierno, donde sin duda descansaba ahora su difunto esposo. No le importaba un comino su trato en la sociedad, al igual que a ella no le importaron sus sentimientos diez años atrás.

CAPÍTULO
TRES

SARA LUCHABA por mantenerse concentrada en la conversación en curso. Se hablaba de los últimos chismes, incluyendo que Lord Annesley y Lady Haden habían sido sorprendidos en una posición comprometedora por el padre de ella, quien se estaba encargando de casarlos a toda prisa. También se comentaba sobre las últimas modas que estaban causando furor en Londres. Muchas de las damas esa noche llevaban pequeñas mangas a la moda y escotes más pronunciados que acentuaban los atributos que todas deseaban lucir.

No es que Sara tuviera que preocuparse demasiado por eso. No importaba lo que vistiera. Por mucho que esperara quizás encontrar un marido que la amara para su segundo matrimonio, nadie buscaba la mano de una viuda empobrecida, aunque fuera pasablemente bonita.

Había ganado y perdido su amor pasado y no lo recuperaría, y nada podía cambiar el rumbo que había tomado su vida. Sus padres se habían asegurado de que así fuera.

Incluso ahora, Sara podía sentir la fría mirada de Lord St. Auburn desde el otro lado de la sala. Había estado hablando largamente con su amiga Lady Howard, pero eso no le había impedido despreciarla tanto hoy como lo había hecho diez años atrás.

No es que lo culpara, pero tampoco asumiría toda la responsabilidad por su ruptura. Él era terco y no escuchaba razones, y en verdad, ella no había tenido más opción que obedecer las órdenes de sus padres.

Toda la situación había sido desgarradora, y no solo para Lord St. Auburn.

Pero no podía continuar en sociedad con él mirándola con desprecio en cada baile y cena. Tenía que aprender a disimular su aversión antes de que la gente recordara su breve unión y pensara que aún había algo entre ellos.

Lo cual ciertamente no era el caso.

Lady Howard dejó el lado de Lord St. Auburn, y viendo su oportunidad de hablar con su señoría, Sara se disculpó, buscó otra copa de vino y se dirigió a discutir cómo podrían manejar la temporada ahora que ambos iban a verse mucho más.

Sara se encaminó hacia Lord St. Auburn-Sinclair, el nombre por el que una vez le permitió llamarlo y que ahora echaba de menos usar desde que él le había quitado tal familiaridad. Después de todos estos años, seguía siendo tan apuesto como siempre y el único hombre que

alguna vez hizo que su corazón se acelerara.

Quizás ahora era más duro en sus bordes, y su hermoso rostro lucía algunas líneas de sonrisa más en las raras ocasiones en que reía con abandono, pero oh, cómo la hacía doler de arrepentimiento.

Cuando empezó a trabajar para Lady Howard, había esperado que con el tiempo pudieran ser amigos, sin importar su turbulenta historia, pero no estaba destinado a ser. Él había mantenido su distancia, rara vez interactuando con ella, y cuando se encontraban en la misma esfera social, a menudo se excusaba, buscando a otros con quienes hablar, cualquier cosa menos estar cerca de ella.

Y sin embargo, hubo un tiempo en que no podían separarse, tanto así que una noche, en los oscuros jardines de la casa londinense de sus padres, ella compartió su primer beso con Sinclair. Había anhelado hacer mucho más que besarlo, pero la cautela había enfriado su ardor.

Se acercó a él e ignoró la tensión de su mandíbula. Sus ojos se entrecerraron mientras observaban la multitud de invitados que se movían a su alrededor, siempre la misma reacción ante su presencia.

Absoluto desprecio...

Sara reprimió el dolor que siempre acompañaba esta verdad y esbozó una sonrisa que solo llegaba a la superficie. —Lord St. Auburn, buenas noches. Un baile encantador, ¿no es así? —dijo, colocándose a su lado y mostrando interés en los invitados, cualquier cosa menos reconocer el absoluto horror de que su señoría pudiera no responder.

Él se aclaró la garganta, su respuesta tardó mucho en llegar. —Lo estaba disfrutando inmensamente hasta hace poco.

Su respuesta cortante avivó su irritación, y ella luchó por mantener la compostura. —Solo puedo suponer que tu respuesta se debe a que te estoy hablando ahora, pero vengo con una especie de oferta de paz.

—Nunca habrá paz entre nosotros. Tú te aseguraste de eso, Lady Cary.

Por supuesto, tenía razón, en parte porque sus padres aseguraron su separación. Pero entonces, también lo hizo ella, por no ser tan fuerte como debería haber sido. —Tenemos amigos en común. Personas que ambos apreciamos y que posiblemente son las más importantes en nuestras vidas. Debemos al menos intentar ser cordiales el uno con el otro en su presencia, y tal vez con el tiempo, podamos ser amigos de nuevo.

Él se burló y la miró por primera vez en lo que parecía una eternidad, sin apartar la vista como solía hacer. Sus ojos eran del mismo verde esmeralda, profundos y hermosos, pero tanto dolor resonaba en ellos, y ella no sabía qué o cómo reparar su ruptura.

—No he sido tu amigo durante diez años, y no mentiré simplemente para hacerte sentir cómoda. Lady Howard me dice que has vuelto a entrar en sociedad, pero eso no significa que tenga que tolerar tu presencia. Aunque no me interpondré en tu camino, mantente alejada de mí a cambio. Nunca seremos amigos; tú te aseguraste de que así fuera.

Sara se mordió el interior del labio, odiando que sus palabras frías e insensibles llenaran sus ojos de lágrimas. —Sigues siendo muy cruel con tus palabras, incluso después de todo este tiempo.

—¿Y me culpas, Lady Cary? ¿Olvidas que te casaste con un hombre cincuenta años mayor que nosotros dos? Me abandonaste ¿para qué? Para convertirte en viuda apenas un año después, sin dinero y sin un heredero. —Sonrió, pero el gesto no contenía alegría alguna—. Pensar que si hubieras esperado un año más por mí, podrías haber satisfecho incluso las codiciosas manos de tus padres casándote conmigo. Supongo que oíste que heredé la propiedad de mi tío y todos sus bienes, haciéndome lo suficientemente rico como para satisfacer a tu madre.

—Bastardo. —Las palabras se le escaparon, pero no pudo arrepentirse. Tenía solo dieciocho años y unos padres que lo arreglaron todo, la acosaron y la obligaron a hacer su voluntad para salvarlos de la pobreza. ¿Qué más se suponía que debía hacer? Las mujeres tenían poco recurso, y Lord St. Auburn lo sabría si hubiera mirado más allá de su dolor por cinco minutos.

—Yo soy el bastardo —se burló—. No creo que sea yo quien actuó como tal —dijo antes de alejarse y dejarla sola.

Sara bebió su vino y luchó por recuperar el control de sus emociones. Bueno, ciertamente eso no había salido como esperaba, pero no podía permitir que su trato hacia ella continuara así. Tenían que encontrar una manera de atravesar esta temporada amigablemente; era lo mínimo que él podía hacer como su antiguo amigo y el amor de su vida.

CAPÍTULO
CUATRO

La noche siguiente, Sinclair reprimió el sentimiento de culpa que lo había atormentado desde que habló con Lady Cary la noche anterior. No es que debiera sentir ni un ápice de culpa cuando se trataba de Sara, pero el shock y el dolor que ardieron en sus ojos cuando la acusó de actuar de manera bastarda hacia él no habían sido agradables de ver.

Bebió un sorbo de su whisky, mantuvo su rostro lo más neutral posible, incluso cuando sus entrañas querían gritar ante la injusticia de la vida.

Está soltera, Sinclair. Podrías conquistarla ahora...

No, no la quería ahora, no después de todos estos años que habían pasado desde que ella lo rechazó. Y por un hombre que tenía edad suficiente para ser bisabuelo de cualquiera de ellos.

Se estremeció al pensar en ella acostándose con el viejo chocho. ¿Cómo lo había soportado? ¿Lo amaba? Tal vez por eso estaba tan decidida a casarse con Lord Cary.

Ella había sido una heredera, aunque Lord Cary pronto dilapidó sus fondos según todos los informes y los suyos propios al final, dejándola en la miseria.

Y ahora vivía bajo la caridad de Lady Howard. Un giro de los acontecimientos muy afortunado, pues podría haber terminado teniendo que convertirse en dama de compañía de otra señora si Lady Howard no hubiera sido amable.

La observó mientras salía a la pista de baile con Lord Craven, un hombre cinco años mayor que él y de una edad adecuada para Lady Cary. Lord Craven estaba bien situado y no jugaba ni tenía amante, y ella haría bien en fijarse en él.

La idea de que Sara se casara con otro hombre le crispó los nervios, y sacudió la cabeza. ¿Qué le pasaba, irritándose porque ella buscara un futuro cómodo y seguro?

A pesar de todo lo ocurrido entre ellos, ella no merecía terminar en la miseria.

El baile era una cuadrilla rápida, y su risa resonó lo suficientemente fuerte como para que él se deleitara en ella durante varios latidos antes de recordarse a sí mismo que no la favorecía, no confiaba en ella y no quería tener nada que ver con ella nunca más.

Diez años...

¿Había pasado tanto tiempo desde que besó sus labios suaves y dulces?

La observó disimuladamente y notó que no se reunió con el pequeño grupo de mujeres con

las que había estado de pie y, en cambio, se quedó sola, agradeciendo a un lacayo cuando pasó con una bandeja de ratafia, que ella cogió. Bebió una copa con prisa y se tambaleó. Sinclair estuvo a su lado en el momento en que pensó que su siguiente tambaleo resultaría en un desmayo frente a la alta sociedad.

—¿Se encuentra bien, Lady Cary? —preguntó, incapaz de dejarla completamente a su suerte.

Ella se zafó de su agarre y se recompuso.

—Por supuesto que estoy bien. Solo estoy un poco mareada después de mi baile, eso es todo. No necesita preocuparse, Lord St. Auburn.

—Me preocuparía por cualquiera que se tambaleara como lo hizo usted, no interprete mi preocupación más allá de eso.

Ella puso los ojos en blanco, y si el gesto no hubiera sido tan sorprendente, él podría haberlo encontrado divertido. Justo entonces, el maestro de ceremonias anunció la cena, y Lady Cary se excusó, dirigiéndose al comedor como si los sabuesos del infierno persiguieran sus pies calzados con zapatillas.

Él la siguió y se sentó en una mesa cercana, observando cómo ella llenaba su plato de comida antes de sentarse sola. ¿Tenía hambre? Seguramente, Lady Howard había informado a su personal que mantuviera a Lady Cary vestida y alimentada. No del todo cómodo sin saber, se unió a ella, e ignoró su asombro cuando lo hizo.

—No está comiendo adecuadamente. ¿Por qué? —preguntó, decidido a averiguarlo y no moverse hasta que Lady Cary le dijera la verdad.

Ella mordió un pastelillo de ostras y él casi sintió celos de no haberse procurado un plato, ya que ella hacía que todo pareciera absolutamente delicioso.

—Estoy comiendo perfectamente bien. Solo me mareo un poco cuando no como lo suficiente. No hay nada de lo que deba preocuparse, milord. No me estoy muriendo de hambre.

—Nunca solía marearse tanto. ¿Ha visto a un médico por esta dolencia? No puede ser normal, seguramente.

Ella se encogió de hombros, metiéndose otro pastelillo en la boca y llevando su atención a su lengua cuando esta se asomó y lamió una pequeña miga en el costado de su labio.

—El médico no sabe por qué si no como, puedo ponerme muy somnolienta y mareada, así que tengo que asegurarme de mantenerme hidratada y comer regularmente. Eso ayuda, pero esta noche la cena es tarde, y supongo que dejé pasar demasiado tiempo entre comidas.

Sinclair frunció el ceño, sin haber oído nunca hablar de tal dolencia. No le gustaba que la dejara débil. ¿Qué pasaría si se desmayaba frente a un carruaje o un caballo al cruzar una calle concurrida o se cayera por un balcón?

Dios mío, su vida podría estar en peligro.

—Si tiene estos episodios con frecuencia, debería tener una acompañante usted misma. No es seguro. Debe verlo.

—No puedo permitirme una acompañante y no le pediré nada más a Lady Howard. Además,

soy viuda. No necesito una cuidadora. Puedo hacer lo que quiera, cuando quiera, y me gusta mucho ese estilo de vida. No se entrometa, Lord St. Auburn. No necesito su preocupación ni que meta las narices en lo que no es asunto suyo.

—Solo estaba tratando de mantenerla a salvo y ser agradable. No hay necesidad de ser tan cortante.

—¿Acaso no fue usted lo suficientemente cortante anoche? ¿O ha olvidado que me llamó bastarda?

—No la llamé con ese término. Puede que simplemente haya insinuado que sus acciones lo eran. Son dos cosas completamente diferentes. —El estrechamiento de sus ojos le dijo que ella no creía ni aprobaba sus palabras, y no podía culparla. Eran inusualmente crueles, incluso para él y todo lo que había pasado entre ellos.

—Puede dejarme ahora, milord. —Miró algo por encima de su hombro, y le costó todo su esfuerzo no mirar atrás para ver qué le interesaba—. Lady Crosbie parece molesta de que esté sentado conmigo, y escuché un rumor de que usted estaba interesado en ella.

—No estoy interesado en ella. —Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas. Tampoco pudo dejar de mirar a Sara, recordando su pasado, la pasión, el anhelo que lo desgarraba por las oportunidades perdidas.

Esto estaba mal. Sentarse con ella y estar cerca le hacía perder la cabeza, y nunca más estaría bajo su poder. —Pero le deseo buenas noches. Por favor, asegúrese de comer más a menudo, Lady Cary.

—Por supuesto —dijo ella, sus palabras impregnadas de hastío que él no se dignó a responder; mejor eso que reprenderla una vez más.

CAPÍTULO
CINCO

SARA ASISTIÓ a una velada musical en casa de Lord y Lady Primrose la noche siguiente. Solo unos pocos invitados selectos fueron convocados, y ella entró en el salón de baile, flanqueado por sillas y con la cantante preparándose en un pequeño escenario instalado en la cabecera de la sala para que todos pudieran verla.

Habló con Lady Primrose durante varios minutos y le agradeció su invitación antes de buscar su asiento. Una vez acomodada, observó a los presentes y expresó su sorpresa al ver a Lord St. Auburn sentado junto a Lady Crosbie en la fila opuesta y unas pocas sillas por delante de ella.

¿Le habría mentido la noche anterior cuando afirmó sin vacilación que no estaba interesado en Lady Crosbie? Supuso que si él quería que ella lo supiera, se lo habría dicho, pero entonces estaban lejos de ser amigos, y él no tenía que contarle nada que no quisiera que ella supiera.

En lugar de detenerse en verlo sonreír a Lady Crosbie de la manera en que solía sonreírle a ella, estudió el programa de la velada, complacida de que la señorita Masters cantaría con su hermosa voz de soprano.

Sin poder evitarlo, miró en su dirección, y su corazón dio un vuelco al ver a Lord St. Auburn lanzándole una mirada furtiva al mismo tiempo.

Rápidamente volvió a estudiar el programa en sus manos y luchó por no dejarse llevar por la pequeña punzada de celos que la carcomía cada vez que lo veía con alguien que no era ella.

Durante años, había sido capaz de mantenerse alejada de él, de no torturarse por el error que había cometido, por el anhelo que la desgarraba cada vez que lo veía de lejos, pero ahora, no había escapatoria de los sentimientos que él evocaba.

Después de todos estos años, ahora tenía que enfrentarse a las consecuencias de sus acciones. No es que no hubiera enfrentado consecuencias horribles cuando estuvo casada con Lord Cary, pero si estuviera presente en la sociedad para ver a Lord St. Auburn casarse con otra, temía que su corazón dejaría de latir.

¿Qué iba a hacer?

¿Podría pedirle una segunda oportunidad? ¿Podría suplicarle que la perdonara? ¿Decirle que se había visto obligada bajo coacción a salvar a su familia de la ruina financiera y casarse con Lord Cary?

¿Le importaría a Lord St. Auburn si escuchara tales excusas?

Lady Crosbie se rio de algo que dijo Lord St. Auburn, extendiendo la mano para colocarla en su hombro antes de deslizarla por su brazo de una manera que solo podía calificarse de sugerente.

No podía quedarse quieta. No podía soportar verlo con otra, fuera o no su culpa que estuvieran en esta situación en primer lugar.

Se levantó, dejando el programa en la silla, y se dirigió hacia las puertas dobles del salón de baile. Rápidamente se disculpó con Lady Primrose y se dirigió al vestíbulo, pidiendo un coche de alquiler.

El lacayo fue a hacer lo que ella pidió, y agradeció a la doncella, que le entregó un chal y guantes. Se paró en el escalón de entrada, necesitando el aire fresco para aclarar su mente y calmar los nervios que la bombardeaban y no se disipaban.

Lord St. Auburn iba a casarse, y aunque podría no ser con Lady Crosbie, sería con alguien, y Sara necesitaba decidir si quería estar en Londres para soportar eso.

¿Tal vez debería irse a Bath? El alquiler en la localidad más pequeña significaría que no tendría que depender de Lady Howard. Aún podría disfrutar de la sociedad limitada allí pero no tendría que ver a Lord St. Auburn.

La idea tenía mérito, y la consideraría en los próximos días.

Un coche de alquiler se detuvo frente a ella, y le indicó al cochero su dirección antes de subir. Su viaje de regreso a Golden Square no llevó mucho tiempo, y la vista de su hogar alivió un poco su corazón enfermo.

Bajó y apenas había dado un paso cuando escuchó el sonido de un segundo carruaje que se detenía apresuradamente detrás del suyo. Se dio la vuelta y se quedó boquiabierta cuando Lord St. Auburn saltó, caminando hacia ella con una determinación que nunca antes había visto.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó ella.

Sus pasos vacilaron, y se detuvo, mirándola como si no supiera por qué la había seguido a casa. —¿Está enferma de nuevo? —preguntó—. La vi marcharse y pensé que había tenido otro malestar.

—Estoy perfectamente bien, milord. Simplemente no quería... —Casi admitió no querer verlo con Lady Crosbie. En su lugar, dijo—: Me ha dado un repentino dolor de cabeza y deseo volver a casa. Eso es todo.

—Está mintiendo.

Ella levantó la barbilla, la molestia reemplazando su angustia. —No lo estoy. Usted no sabría si estoy mintiendo, milord.

Él la miró con incredulidad. —Siempre he sabido cuándo eras insincera. Avergüenza al diablo, Lady Cary, y dime la verdad. ¿Por qué te fuiste?

¿Podría admitir tales vulnerabilidades? ¿Qué haría él si lo hiciera? —Muy bien, deseas saber la verdad. Aquí está, milord. Me fui porque no puedo soportar verte con otra mujer. No quiero

verte reír y ofrecer lisonjas a nadie, no si ese alguien no soy yo. La idea de que te cases con otra me enferma físicamente y es una noción que no creo poder soportar. ¿Es eso lo que deseas oír? Después de todo lo que te he hecho pasar, ¿eso te da alguna satisfacción?

Él la miró fijamente durante varios latidos antes de que sus ojos se oscurecieran con un hambre que ella no había visto en mucho tiempo. —Sí me da satisfacción. De hecho, lo hace —dijo antes de cerrar los últimos metros que los separaban y tomar sus labios en un beso abrasador que ella había anhelado durante estos largos diez años desde el último.

CAPÍTULO
SEIS

AFORTUNADAMENTE, Sinclair recuperó el juicio antes de levantar a Sara, llevarla a su casa y terminar lo que habían comenzado diez años atrás.

Se arrancó de su agarre y se dirigió furioso a su carruaje, gritando indicaciones antes de cerrar la puerta. El carruaje se puso en marcha bruscamente, alejándolo de la tentación que lo perseguía con fuerza.

¿En qué estaba pensando al besar a Sara? ¿Qué demonios le había pasado?

Se negó a mirar en su dirección cuando pasó frente a su casa, pero sabía que ella estaba allí observándolo, posiblemente tan conmocionada y atraída como él.

Si su respuesta hacia él era alguna indicación, así era exactamente como se sentía.

—Idiota —se maldijo en voz alta, pasándose una mano por el cabello—. Se había prometido a sí mismo no dejarse tentar nunca más por ella, dejarla en el pasado, donde ella había estado más que feliz de dejarlo a su vez.

No sucumbiría a sus encantos, al anhelo que ensombrecía sus ojos cada vez que lo miraba.

—No cederé —se prometió—. Me mantendré fuerte y firme en mi rechazo hacia ella. —Incluso al decir las palabras en voz alta, podía oír el temblor de inquietud, de falsedad que las recorría—. Cambio de dirección, por favor lléveme a Tothill Fields —ordenó, decidido a sacarla de su sangre si nada más la removía, ni siquiera su traición.

La noche siguiente, en el baile de Vauxhall, llegó tarde cuando las diversiones estaban en pleno apogeo. Encontró los palcos para cenar, donde Lord Nicolay lo había invitado a él y a varios de sus amigos a disfrutar de la juerga con comodidad.

Permaneció en el palco, hablando esporádicamente con varios amigos, antes de ver a Lady Cary abriéndose paso entre la multitud de juerguistas que bailaban y disfrutaban de la noche en la pista de baile al aire libre.

Llevaba una copa de champán, y la atención de Sinclair recorrió su persona. Disfrutó de la vista de su fino vestido de seda, que le quedaba como un guante y dejaba muy poco a su imaginación para conjeturar qué delicia se escondía debajo.

Puedo admirarla mientras aún la detesto.

Lo haría, y nada de lo que alguien pudiera decir cambiaría eso. Y sin embargo... había una

vulnerabilidad en ella esta noche. No se detenía a hablar con nadie; de hecho, parecía estar sola.

¿Estaba buscando a otros con quienes conversar?

Una punzada de tristeza lo picó, y consideró acercarse a ella, aunque solo fuera para que no estuviera sola. Vauxhall no era un lugar seguro, no para mujeres sin compañía, ni para hombres, de hecho.

Salió del palco y se dirigió hacia ella, ignorando la molestia que se asentó en su rostro cuando llegó a su lado.

—Lady Cary, ¿dónde está su grupo? La escoltaré hasta ellos.

Ella se rio y bebió un sorbo de champán.

—¿Qué grupo? Vine sola, lo cual es perfectamente aceptable.

Él se volvió hacia ella, frunciendo el ceño.

—No, no es aceptable en absoluto. No puede asistir a Vauxhall sola. No es seguro hacerlo.

Ella se encogió de hombros, levantando un delicado hombro que él había estudiado demasiado tiempo antes de encontrarse con su mirada.

—¿Te gusta lo que ves, Lord St. Auburn? Quizás quieras besarme de nuevo para decidir si es así.

Él se quedó boquiabierto antes de cerrar la boca de golpe.

—¿Estás ebria, Sara? —preguntó, ignorando el hecho de que había usado su nombre de pila, una palabra que no había salido de sus labios en diez años.

—Tal vez. —Soltó una risita, hipando—. El vino está particularmente bueno esta noche. Deberías probarlo. Quizás te quitaría ese pequeño diablo que se sienta en tu hombro cada vez que estás cerca de mí.

—No tengo un diablo en mi hombro, señora.

—Sí lo tienes. —Le picó el hombro para enfatizar, riendo de nuevo—. Es porque me odias.

—No te odio —dijo antes de poder pensar lo contrario. Y no la odiaba. Eso era una emoción demasiado fuerte para sentir cuando se trataba de Sara. Pero sí odiaba que ella le hubiera roto el corazón.

—Me odias porque me casé con Lord Cary y no contigo. —Se apoyó contra él, pasando su mano por su pecho. Él se quedó paralizado. La sensación de tenerla tan cerca, el aroma de su perfume, una dulce mezcla de rosa y vainilla, asaltó sus sentidos y lo dejó aturdido—. Lo siento, Sinclair. Siento haberte roto el corazón.

No podía apartar la mirada. Los años se desvanecieron, y tenían dieciocho años y estaban enamorados. El mundo, su futuro los llamaba antes de que ella lo destruyera todo.

—Uno tiene que estar enamorado para que se le rompa el corazón. Crees más de lo que deberías, mi lady. Nuestro interludio fue de corta duración y un enamoramiento infantil, nada más.

—Fue más que el amor de un niño por una amiga, Sinclair, y lo sabes.

Él dirigió su atención a la multitud frente a ellos, odiando que ella tuviera razón y que supiera

muy bien que él estaba mintiendo.

—Fue hace mucho tiempo. Olvido lo que fue.

—Quiero que me beses de nuevo, Sinclair.

Él cerró los ojos por un momento. El impulso de hacer lo que ella pedía, de arrastrarla hacia su carruaje, superó su autocontrol.

—Nos vamos. Ahora. —Agarró su mano y la arrastró lejos del baile y hacia donde esperaba su carruaje. El impulso de besarla se hizo más fuerte con cada paso, pero esperaría, no los arruinaría a ambos frente a sus pares.

Pero una vez a solas, demonios, entonces le daría el beso que anhelaba y tomaría lo que pudiera de ella antes de que lo rechazara de nuevo por otro.

CAPÍTULO
SIETE

SARA PERCIBIÓ que Sinclair apenas mantenía el control mientras la arrastraba hacia donde varios carruajes estaban estacionados, esperando el final del baile para llevar a sus pasajeros a casa.

Ella no dijo una palabra más. Sinclair sabía lo que ella quería, aunque todavía estuviera enojado con ella. No es que ella no estuviera enfadada consigo misma, lo estaba, pero él no lo entendía.

¿Podría hacerle entender? ¿Darle una oportunidad para ganar su perdón?

Él ladró órdenes a su cochero y abrió la puerta, ayudándola a subir los dos pequeños escalones antes de seguirla al interior. Sara se sentó en los cojines, un poco mareada por haber caminado rápidamente desde el baile hasta el carruaje. Se tambaleó y se aferró al asiento, esperando no caer al suelo.

—¿Cuánto has bebido esta noche? —preguntó él, sentándose frente a ella y sin besarla como ella le había invitado a hacer.

—Tengo la misma edad que tú, Sinclair. No hay necesidad de reprenderme por cuánto he bebido. Me divertí, y esa diversión incluyó varias copas de un vino excelente. No hay nada malo en eso.

—Excepto que estabas sola en el evento sin carabina ni amigos que te mantuvieran a salvo. ¿Y si hubieras tropezado fuera de la vista y algún cerdo te hubiera asaltado?

Ella encontró su mirada y pudo ver que hablaba en serio. Se recostó contra el asiento mientras el carruaje avanzaba, agradecida por el poco aire que entraba al vehículo mientras los caballos los llevaban cada vez más cerca de Mayfair.

—Pero no tropecé en los oscuros jardines, ¿verdad? Tu preocupación es discutible. Por favor, deja de regañarme como si tuvieras derecho a hacerlo.

—No te reprendo para ser cruel. Mi sermón se debe enteramente a la preocupación por tu bienestar.

Sara cruzó los brazos sobre su pecho, odiando que de alguna manera siempre discutieran. —Nunca me diste la oportunidad de decirte por qué me casé con Lord Cary. Simplemente me lanzaste insultos a la cara y te marchaste furioso de la casa de mi familia. ¿Nunca te preguntaste por qué? —preguntó, agradecida de que su voz no temblara por el nudo que se formaba en su

garganta cada vez que pensaba en lo que había perdido diez años atrás.

Sinclair...

—Sé por qué te casaste con Lord Cary. Él era rico y yo no. Qué mala jugada del destino para ti, ya que te dejó sin nada.

—Eso es cruel, Sinclair, y lo sabes. Por favor, no me vuelvas a hablar de esa manera. Solo te lo advertiré una vez. ¿Entiendes? —Un músculo se tensó en su mandíbula, y ella pudo ver que quería discutir el punto, pero no lo hizo.

—Dime entonces por qué te casaste con ese bastardo —espetó, con disgusto cruzando sus hermosas facciones.

—Te hicieron creer que mi familia era rica, y eso pudo haber sido cierto una vez, pero justo cuando empezaste a cortejarme, mi padre nos notificó, a mi madre y a mí, que había perdido todo nuestro dinero. Ya no había dote para mí, pero Lord Cary, deseando una novia joven y hermosa —sus palabras, por supuesto— para caminar a su lado, puso sus ojos en mí.

Sinclair la miró fijamente durante varias vueltas de la rueda antes de aclararse la garganta. —¿Tu padre perdió sus ingresos? ¿Cómo?

Sara se encogió de hombros, nunca habiendo sido informada exactamente de lo que causó su caída. —No lo sé, pero me vi obligada a casarme con Lord Cary para salvar a Mamá y a Padre de perder todo lo que les quedaba. Su señoría accedió a saldar las deudas de mi padre, permitiendo a mis padres vivir cómodamente de nuevo con las ganancias de la finca hasta su muerte, cuando mi primo lejano la heredó.

—¿Y te quedaste sin nada?

—Y me quedé sin nada, sí. El hijo de Lord Cary, que es mayor que yo, heredó y se aseguró de que no se me diera ningún sustento. —Sara encontró los ojos de Sinclair y no apartó la mirada —. No pude casarme contigo porque eras pobre, y esa es la vergonzosa verdad de todo esto. Me casé con un hombre cincuenta años mayor que yo y soporté mi tiempo con él, afortunadamente un período que fue de corta duración, para salvar el honor y el hogar de mis padres. Lo perdí todo para permitirles mantener una verdad oculta del ton.

Sinclair no sabía qué decir. Había pensado que su matrimonio era por codicia, queriendo tener un título y llenar aún más los bolsillos ya ricos de su padre.

Sara tenía razón. Él había sido pobre y sin título entonces, y solo por un golpe de suerte había heredado el título de St. Auburn. ¿Había estado tan absorto en el dolor de su traición que nunca pensó que podría haber más en su matrimonio de lo que el ton sabía?

Maldita sea. ¿La había juzgado mal?

—¿Nunca lo amaste? —preguntó, temiendo la verdad y lo que significaría si ella decía que no.

—Por supuesto que nunca lo amé. Tenía edad suficiente para ser mi abuelo. Me horrorizó lo que mis padres me pidieron. Temía tener que cumplir con mis deberes como su esposa. Lo soporté en mi cama, y ahora quiero borrar ese horrible recuerdo con el que siempre debería haber

tenido.

Él tragó saliva. —¿Quieres decir reemplazar ese recuerdo con uno conmigo? —preguntó, deseando borrar ese recuerdo por ella, ahora que conocía la verdad.

El pensamiento de ella acostándose con Lord Cary le produjo un escalofrío de repulsión, y odió la idea de que hubiera permitido que la arrojaran a los lobos y fuera devorada por un anciano frágil.

Debería haber luchado por ella. Huir y no permitir que le ocurriera un desenlace tan horrible.

Ella se movió para sentarse a su lado y tomó su rostro entre sus manos. —Quiero que me hagas el amor. Te quiero en mi cama, Sinclair, y no aceptaré un no por respuesta.

CAPÍTULO
OCHO

SARA SABÍA que estaba corriendo un riesgo al pedirle a Sinclair que la llevara a su cama, pero la idea de tenerlo de la manera que había anhelado, hasta los huesos y durante años, era demasiado fuerte para ignorarla. Tampoco se negaría más a pedir lo que deseaba. Una mujer de su edad o bien se aferraba al futuro que anhelaba, pedía que se satisficieran todas sus pasiones, o permitía que la vida pasara de largo.

Había hecho lo último durante demasiado tiempo y ya no soportaría el tedio constante y el arrepentimiento que la atormentaban.

Sara se movió para sentarse junto a Sinclair. Él no se movió, pero su respiración agitada y la fina capa de sudor en su frente le indicaron que apenas lograba contenerse. Ella quería liberarlo de sus cadenas y restricciones y darle lo que deseaba. Su cuerpo vibraba de expectación, y los ojos oscuros y entrecerrados de él, ardiendo con placeres indescriptibles que serían suyos si tan solo él hiciera un movimiento, le secaron la boca.

Dios santo en el cielo, era magnífico cuando se mostraba peligroso.

Extendió la mano y, con una sola, desabrochó lentamente un botón de su chaleco. Con una lentitud que no creía posible en ese momento, los demás botones pronto siguieron. Debajo del chaleco, su camisa estaba pulcramente metida en sus calzones de seda. La sacó, dejándolo con un aspecto desaliñado.

Su atención se centró en la bragueta, el bulto que presionaba contra la suave tela...

Encontró su mirada y se estremeció. Arriesgándose, haciendo lo que siempre había deseado, abrió el primer botón de su bragueta, sin romper el contacto visual con él.

Sus fosas nasales se dilataron y ella se mordió el labio. Con la misma paciencia que había tenido con su chaleco, abrió su bragueta hasta que quedó expuesto para su admiración, cada delicioso y largo centímetro de él.

Vaya...

—¿Ahora qué vas a hacer conmigo? —preguntó él, recostándose en los cojines sin preocupación alguna. Aunque su virilidad sobresalía sobre su estómago, prácticamente suplicando su toque.

Ella no pudo esperar más. Tenía que sentirlo. Sara se arrodilló en el asiento y lo alcanzó,

tomándolo con la mano y acariciando su miembro. Su hombría se estremeció, y él inhaló bruscamente cuando ella envolvió sus dedos a su alrededor e hizo lo que había anhelado hacer durante tanto, tanto tiempo.

Su miembro era grueso, casi demasiado para sostenerlo, pero lo acarició, acercándose a él, inhalando su aroma a sándalo que nunca dejaba de satisfacerla.

—Solo disfrutarte —respondió ella, lo cual era tan honesto como podía ser. No podía arrojarse a sus pies y suplicarle que la perdonara por lo que había hecho. Aunque él parecía creer lo que le había contado sobre su matrimonio, eso no cambiaba el hecho de que ella se había dejado persuadir para ir en contra de los deseos de ambos y de lo que habían hablado y soñado durante su noviazgo.

Casarse y tener hijos, vivir una vida feliz juntos.

Pero ella le había roto el corazón, y aunque siempre había existido este fuego, esta química que ardía entre ellos, sin importar cuántos años pasaran, no cambiaba su historia.

Ni la de él...

Sinclair la observó durante varios momentos antes de alcanzar por debajo de su vestido. Su mano cálida y grande se deslizó por el interior de su pierna, y el calor se acumuló en su centro.

¿La tocaría? ¿Podría suplicarle que lo hiciera? ¿Era lo suficientemente audaz como para expresar tal necesidad en voz alta?

—Tócame, Sinclair. Por favor, tócame. —Parecía que sí lo era, y afortunadamente, él hizo lo que ella le suplicó y acarició su monte de Venus, delicadamente al principio, antes de deslizarse entre sus pliegues húmedos y doloridos para excitarla.

Ella cerró el espacio entre ellos y lo besó, no pudo negarse un momento más el sabor de él.

Él la acarició con sus dedos, y ella gimió a través del beso mientras una sensación exquisita la atravesaba. Queriendo complacerlo, lo acarició mientras él devoraba su boca, su mano libre enredándose en su cabello y manteniéndola cerca.

—Sara —jadeó él, trabajando su sexo con una pericia que la dejó sin aliento. Su cuerpo ansiaba más y, sin embargo, no había suficiente tiempo—. Llega para mí —exigió, acariciándola de una manera que no había creído posible.

La observó en el carruaje en penumbra, sus ojos ardiendo de fuego y necesidad. Ella lo besó de nuevo, se aferró a él mientras la trabajaba, mientras ella lo acariciaba. Eran dos cuerpos buscando satisfacción, placer y liberación, y nada, ni siquiera el corto viaje de regreso a Golden Square, frustraría ese final.

—No hasta que tú lo hagas —lo provocó, aunque no estaba segura de poder mantener esa promesa. Su cuerpo tenía mente propia, y podía sentir que su placer estaba cerca.

No es que alguna vez hubiera disfrutado de tal desenlace con su difunto esposo, oh no. Después de su muerte, Sara había escuchado a una mujer hablar sobre el proceso de su marido y se había intrigado lo suficiente como para investigar, investigación limitada, por supuesto, en su propia biblioteca. Su comprensión del desarrollo fue bastante... esclarecedora.

Pero esta noche, quería desmoronarse en los brazos de Sinclair, no alcanzar el clímax sola como siempre había tenido que hacer.

Él la colocó en el asiento y apartó su mano de la suya. Sin decir una palabra, levantó sus faldas aún más y continuó acariciando su sexo.

La observó, sus ojos nunca abandonando los de ella mientras la amaba con su mano, provocando su carne con un conocimiento y pericia que la dejaron sin aliento.

Ella se aferró al asiento, a cualquier lugar para mantener el equilibrio mientras él trabajaba su carne, el pequeño botón que suplicaba ser acariciado y provocado.

—Eres tan hermosa. —Sus palabras provocaron un anhelo que la atravesó, y ella gimió cuando el primer cosquilleo de liberación se formó en su interior. La llevó de vuelta a cuando eran jóvenes y despreocupados.

—Llega para mí —ordenó de nuevo.

Sara quería prolongar la dulce agonía, pero no pudo. Estaba demasiado cerca, demasiado ansiosa por la liberación que había anhelado, y de él, durante demasiados años.

Su liberación la atravesó, quitándole el aliento mientras su fuerza era diferente a todo lo que había conocido antes. —Sinclair —jadeó, recostándose en los cojines mientras él la acariciaba y la provocaba hasta que el último de sus temblores se desvaneció.

En ese momento, el carruaje se detuvo con una sacudida y, con la vista nublada, miró por la ventana para ver los escalones de entrada de su casa. Rápidamente se arregló el vestido y se dispuso a salir.

Sinclair la sujetó del brazo, deteniéndola cuando su mano se posó en la manija. —Esto aún no ha terminado —sus palabras fueron una promesa, no una advertencia.

Ella asintió, sabiendo demasiado bien que no habían terminado, y que nunca lo harían, no si ella podía hacer realidad todos sus sueños.

CAPÍTULO
NUEVE

SINCLAIR ESTABA CERCA de Sara la noche siguiente en el baile de los duques de Beaufort y no podía quitarse de la mente la imagen de ella deshaciéndose en sus brazos en el carruaje.

Maldición, casi se había corrido en sus pantalones al verla estremecerse en sus manos, literalmente.

Pero ahora, ¿qué hacer con ellos? Si es que había que hacer algo.

¿Seguía albergando los mismos sentimientos que tenía diez años atrás? No le cabía duda de que aún la deseaba sexualmente, pero eso no significaba necesariamente que quisiera algo más en el plano emocional.

Pero por Dios, sí que la quería en su cama, y a menudo.

El dulce aroma a vainilla provocó sus sentidos, y de nuevo se vio asaltado por la imagen de ellos solos en el carruaje, deseándola, besándola y disfrutando de lo que podían tener.

Tenía que irse y alejarse de ella antes de que otros se dieran cuenta de lo que ella le provocaba. De lo que él quería hacerle.

Incluso ahora.

—Disculpen —dijo, alejándose, reduciendo el paso cuando varias damas lo miraron con preocupación. No quería parecer asustadizo ni dar la impresión de que huía de una mujer que aún lo deshacía.

Eso no significa que la quiera como esposa. Ella podría haberme elegido, aunque su familia deseara otra cosa.

En el momento en que tuvo ese pensamiento, se avergonzó. Eso no era justo en absoluto. Si su familia hubiera estado al borde de la ruina, incluso él podría haberse encontrado buscando una esposa rica. No debía juzgar a Sara, sin haber estado en su situación.

Pero tenía que considerar que ella era una mujer, tenían muy pocas opciones o voces en la sociedad, y él había sido pobre y sin título cuando se conocieron. Casarse con él habría sido una apuesta que podría no haber dado frutos nunca.

Si no hubiera heredado el título, habría tenido que trabajar para ganarse la vida como tantos otros hombres en el mundo. Vivir una vida mucho más dura que la que ahora llevaba. ¿Habría sido justo para Sara hacerla soportar tales penurias que podrían no terminar nunca?

Salió del salón de baile, atravesando la casa sin fijarse por dónde iba. Un invernadero de cristal se alzó ante él, y entró en busca de soledad.

Un error en el momento en que lo hizo, pues el aroma de una orquídea de vainilla lo asaltó y le recordó a Sara.

—¿Huyendo, Lord St. Auburn? —dijo la dulce y burlona voz de Sara detrás de él.

Se dio la vuelta y se embebió de su imagen esta noche, llevando un vestido de estilo imperio de seda rojo rubí, el corpiño particularmente de su agrado ya que acentuaba sus muy amplias ventajas.

—Bueno, si lo estuviera, tal vez, debería buscar tu consejo ya que eres la maestra en huir. —Las palabras fueron crueles e innecesarias, pero no podía deshacerse de la ira en su alma por haberlo despreciado por otro.

—Tsk, tsk, tsk, milord. Tu amargura se está notando, y eso no es nada caballeroso de tu parte. —Se acercó a él contoneándose y deslizó sus brazos alrededor de su cuello, enlazándolos en su nuca.

Fuera lo que fuera lo que estaba haciendo, ¿acaso no le importaba dónde estaban o que pudieran encontrarlos en cualquier momento? —¿A qué juego estás jugando? —preguntó, sin embargo, sin apartarla como debería.

Su mirada se posó en su boca antes de mover un dedo para recorrer su labio inferior de una manera sensual que hizo arder la sangre en sus venas. Le lanzó una mirada que prometía más de lo que él estaba seguro de querer en ese momento antes de tomar su mano y llevarlo más adentro del invernadero, pasando varios árboles frutales que crecían en redondas macetas de madera y un lecho de helechos que ocultaban a cualquiera que se parara detrás de ellos.

Llegaron a una esquina de la habitación, con los helechos al frente, ocultándolos de cualquiera que pudiera pasear por el recinto durante el baile.

Sara lo empujó contra la pared, y él tropezó, apoyándose contra la fría piedra. Ella se presionó contra su pecho, y él se quedó quieto, esperando para ver qué haría a continuación.

—No te muevas. No me toques. ¿Entiendes, milord? —Su voz adoptó un tono seductor y sensual, que hizo que se le erizaran los pelos de la nuca, junto con otra parte de su cuerpo.

Asintió, la observó con asombro mientras ella se arrodillaba ante él y alcanzaba su bragueta. Sus ojos se encontraron con los suyos mientras sus ágiles dedos desabrochaban cada botón antes de que su miembro, duro y ansioso por su boca, se alzara ante ella.

No podía estar haciendo lo que él esperaba... seguramente no.

Sin previo aviso, lo tomó con la mano, se lamió los labios y cubrió su miembro con su boca, tomándolo profundamente, su lengua acariciando su longitud.

Maldición, se sentía como el cielo, y durante varios latidos, debatió si esto podía estar realmente sucediendo.

Sinclair se apoyó contra la pared, luchando contra el impulso de pasar sus manos por su cabello perfectamente peinado y embestir en su dulce boca como deseaba.

Maldita sea, su boca era perfecta. La sensación de su lengua acariciando su longitud, sus dientes rozando muy ligeramente su miembro era demasiado. Sus testículos se tensaron, y gimió, mordiéndose la lengua para evitar hacer otro ruido.

Ella se rió, la vibración enviando sensaciones por su vara. El sonido amortiguado de la música, de dónde estaban, y cuán precaria era su posición en el invernadero hizo poco para amortiguar su necesidad, su determinación de correrse justo como ella parecía querer que lo hiciera.

De deshacerse ante su habilidad.

Voces flotaron cerca, haciéndose más fuertes hasta que Sinclair estuvo seguro de que otros estaban en el invernadero. La idea de ser atrapados enfrió un poco su deseo, y se movió para detener lo que estaban haciendo. Pero entonces, Sara levantó una mano, encontrando su mirada y meneando un dedo hacia él, sin perder el ritmo de sus atenciones.

Tragó saliva, luchó por no hacerla ponerse de pie, por arreglar su ropa. Podían ser atrapados. ¿Qué pasaría si lo fueran? ¿Esperaba ella que se casara con ella? ¿Lo haría?

La presión de su miembro se hizo más fuerte, y dejó escapar un suspiro, luchando por no correrse, por no gemir, por no gritar su nombre.

Lo trabajaba con tal habilidad perfecta que, a decir verdad, ya no le importaba si los descubrían. De hecho, si alguien se acercara, obtendrían un espectáculo, pues él nunca quería que esto terminara.

Sara sería su perdición.

Sus testículos dolían, las voces se hacían cada vez más fuertes. Su mano trabajaba su miembro junto con su boca, una tormenta perfecta de seducción. Sinclair contuvo un gemido mientras se corría, fuerte y prolongadamente, en su boca perfecta.

Ella gimió, lo suficientemente bajo para que solo él la escuchara, mientras él bombeaba los últimos restos de su semilla en ella. Satisfecho y respirando rápidamente, se desplomó contra la pared, observó cómo ella se ponía de pie, le lanzaba una mirada de absoluta tentación y se alejaba sin mirar atrás.

Maldita sea. Estaba en problemas.

CAPÍTULO
DIEZ

La noche siguiente, Sara asistió a una cena en casa de Lady Alice Stopford, una vieja amiga que había debutado en sociedad el mismo año que ella. Al igual que le había sucedido a Lord Cary, la muerte se había llevado a su marido a los pocos años de matrimonio. Pero a diferencia de Sara, el matrimonio de Alice había sido por amor, y Lord Stopford tenía solo tres años más que ellas, demasiado joven para fallecer.

Se sentó junto a Alice, tomando la primera cucharada de sopa de tortuga. El sabor del mar inundó su lengua, y suspiró interiormente, pues hacía tiempo que no probaba algo tan delicioso.

Para ahorrar gastos en su casa, se aseguraba de comer alimentos lo más sosos y poco apetecibles posible, lo que convertía las cenas fuera como esta en todo un regalo.

Sin mencionar que Sinclair estaba sentado a solo unos asientos de distancia, lo que le permitía disfrutar de su atractivo rostro tanto como quisiera durante toda la noche.

—Lord St. Auburn parece estar particularmente disponible esta noche. ¿No era uno de tus favoritos en el pasado? —preguntó Alice, sin apartar la mirada de Sinclair.

A Sara se le erizó el vello de la nuca, y aclarándose la garganta, se concentró en comer su sopa con vigor. —Me cortejó hace algunos años antes de que me casara con Lord Cary, pero estoy segura de que ya ha superado cualquier enamoramiento que pudiera haber tenido conmigo.

—Por supuesto, debutamos hace diez años, pero no puedo creer que haya pasado tanto tiempo. ¿Dónde se ha ido el tiempo? —dijo Alice, sonriendo.

Sara miró para ver a quién le sonreía su amiga y tuvo que esforzarse por mantener la compostura cuando vio que Sinclair le devolvía la sonrisa a Alice.

Sara tragó el dolor que surgió en su interior al ver tal gesto. La idea de que Sinclair buscara un amorío con su amiga, especialmente después de lo que habían hecho las últimas veces que estuvieron a solas, le dejó un sabor amargo en la boca.

Sus acciones en el invernadero la noche anterior... Bueno, nunca pensó que pudiera seducir a nadie, pero sin duda había logrado esa hazaña la noche anterior.

Pero, ¿qué significaba, si es que significaba algo? Si la sonriente expresión de Lord St. Auburn hacia su amiga era una indicación, no significaba nada. Una locura pasajera, un amorío en una sala aislada durante un baile. Posiblemente uno de muchos en los que participaba a lo

largo de las numerosas temporadas que habían pasado.

Dejó la cuchara, la sopa de tortuga se le agrió en la boca. Cogiendo su servilleta, se secó los labios, tratando de ocultar cualquier dolor que burbujeara en su interior.

—Creo que tendré un amorío con él. Si la mirada pícara en sus ojos es una indicación, creo que sería un participante dispuesto.

—¿No tiene una amante? —intervino Sara, odiando la idea de que su amiga estuviera cerca de Sinclair.

Alice desechó sus palabras con un gesto. —A nadie le importa una amante, y no busco casarme con él. Simplemente quiero que caliente mi cama una o dos veces antes de regresar a Kent. No hay nada malo en eso, ¿no crees?

—Si es lo que deseas, puedes hacer lo que quieras. —Sara escupió las palabras con más dureza de la que pretendía, y sonrió al lacayo cuando este retiró su sopa y colocó un plato de filetes de lenguado fritos. Tomó sus cubiertos, miró hacia la repisa de la chimenea y notó la hora. Aún le quedaban varias horas allí, pero ¿cómo podría irse temprano? ¿Cómo podría evitar tener que ver a su amiga intentar seducir al único hombre que había ocupado su corazón?

—¿Alguna vez besaste a Lord St. Auburn? No recuerdo si me lo contaste o no. —Alice lo estudió más detenidamente, y al echar un vistazo en su dirección, Sara se alegró de ver que estaba hablando con Lord Myddelton frente a él sobre un caballo en venta en Tattersalls.

—Si lo hice, fue poco memorable —dijo, con un tono desdeñoso y completamente falso. Sus besos, incluso ahora, eran con lo que estaban hechos los sueños, dejándola flotando en el aire, sus pies sin volver a sentir el suelo bajo ellos.

Había esperado, un sueño lejano como era, que tal vez pudieran empezar de nuevo. Si él la perdonaba, ciertamente, podrían tener otra oportunidad de felicidad.

Habían sido felices una vez. Antes de que sus padres intervinieran y lo arruinaran todo.

—Hablas como si no te agradara en absoluto. Seguramente no puede ser tan malo. Erais amigos. —Alice la observó con atención, y Sara compuso una expresión de indiferencia. No quería que nadie supiera sus esperanzas y lo que anhelaba. Era poco probable que se hicieran realidad, especialmente si Sinclair estaba mirando a su amiga solo unas horas después de su interludio...

—Ya no lo conozco, Alice, eso es todo. Si deseas convertirlo en tu amante —susurró—, no es nada para mí. Puedes hacer lo que quieras, y Lord St. Auburn también, de hecho.

Nunca sabría cómo logró pronunciar esas palabras sin tragar el nudo que tenía en la garganta. Alice soltó una risita como una joven debutante que había encontrado una intriga, y Sara luchó por no rechinar los dientes.

—Bien, entonces está decidido. Hablaré con él después de la cena. Tal vez incluso logre quedarme a solas con él. Me pregunto si será tan travieso en la cama como parece serlo con sus miradas. Son bastante ardientes, Sara. Es bastante escandaloso.

Sara asintió, sonriendo con los dientes apretados. —Estoy segura de que complacerá tus

deseos.

Que Dios la ayudara. Sara miró en dirección a Sinclair, pero descubrió que ya no estaba mirando a Alice en absoluto, sino a ella, con un aire contemplativo en su atractivo rostro.

Sara frunció el ceño, desconcertada por las palabras de su amiga y su coqueteo entre ellos esa noche. Deseando estar en cualquier otro lugar menos allí, la humillación se apoderó de ella cuando su plato de comida se volvió borroso por las lágrimas contenidas. Se mordió la lengua, luchando contra el impulso de perder la compostura frente a todos los presentes y luego tener la mortificante tarea de explicar su angustia.

No volvería a desmoronarse. Aunque se había desmoronado antes cuando era una mujer joven, no lo haría como una mujer madura. Ningún hombre valía tal desmoronamiento, y ciertamente no Lord St. Auburn, quien no parecía tener ni una pizca de comportamiento caballeroso en su deliciosamente masculino cuerpo.

CAPÍTULO
ONCE

SINCLAIR respondía con ingenio y asentía de vez en cuando, fingiendo estar involucrado en la conversación en curso, pero su atención estaba completamente centrada en Sara, quien ahora se sentaba junto a Lady Stopford en un sofá, una vez terminada la cena.

Uno de los invitados más jóvenes tocaba el piano, una suave serenata que no distraía ni afectaba las conversaciones. Sinclair no podía evitar sentir que algo había ocurrido entre Sara y su amiga durante la cena que la había dejado desconcertada.

Al final de la cena de cinco platos, apenas había mirado en su dirección. Lady Stopford era una excepción a esa regla, lo que lo dejaba... incómodo, por decir lo menos. No estaba seguro de por qué Lady Stopford había comenzado a coquetear a través de la mesa del comedor, pero estaba seguro de que eso era lo que había estado haciendo, tanto que no pudo evitar sentir que Sara había notado el interés de su amiga y estaba decididamente molesta.

¿Creía ella que él era capaz de cortejar a su amiga después de lo que habían resucitado en los últimos días? Lo que fuera esa relación aún estaba por determinarse, pero no era tan libertino como para desviarse hacia otra mujer tan descaradamente frente a la que había tenido en sus brazos solo horas antes.

Lord Rockwood se acercó y se sentó junto a Sara y Lady Stopford, atrayendo la atención de Sara hacia él. Lady Stopford se disculpó y se dirigió hacia Sinclair, sus caderas balanceándose sugestivamente. El giro travieso en sus labios lo puso en guardia.

—Lord St. Auburn, ¿me haría el honor de dar un paseo por la sala? —Sin esperar respuesta, deslizó su brazo sobre el de él y lo apartó de su círculo de amigos sin vergüenza.

No queriendo ser grosero o avergonzarla, se dejó llevar y comenzó a caminar por los bordes del salón como ella deseaba. —¿A qué debo el honor de su compañía, Lady Stopford?

Su señoría miró hacia adelante, la confianza emanando de cada uno de sus poros. —Bueno, esta noche empecé a considerar que no nos conocemos bien, a pesar de que tenemos el mismo círculo de amigos. Pensé que tendría sentido si aprendiéramos un poco más el uno del otro, ya que soy viuda y usted no está comprometido.

Sinclair sonrió, pero sabía que el gesto parecía poco sincero. ¿Cómo podía decirle a Lady Stopford que no quería conocerla mejor de lo que ya la conocía? Era una mujer hermosa, sí, pero

no encendía su sangre. No lo desafiaba física y emocionalmente como otra bella joven en la sala esta noche.

—Estoy muy feliz de ser amigos, Lady Stopford. Me disculpo si usted tenía alguna otra consideración respecto a esa verdad.

Ella lo condujo a través de unas puertas dobles hacia una habitación que los invitados ya no ocupaban. Él miró hacia atrás y vio que Sara notaba su partida, el disgusto escrito en su rostro haciendo que su estómago se revolviera.

—¿Amigos, milord? ¿No es usted un bribón, o acaso los rumores sobre su destreza son falsos?

Sinclair se aclaró la garganta, deseando escapar de esta incómoda conversación que no debería estar teniendo en absoluto, y ciertamente no en esta habitación privada lejos de la compañía. —Me disculpo, milady. No sé qué me está pidiendo.

Ella lo detuvo y lo miró, como si tratara de ver si hablaba en serio. —Es usted un hombre apuesto y uno que ha despertado mi interés. Pensé que podríamos llegar a un acuerdo que nos satisficiera a ambos, incluso uno de corta duración.

¡Rayos! ¿Le está pidiendo que se acueste con ella?

Él se alejó, necesitando espacio. —No creo que eso sea prudente, milady.

—Oh —dijo ella, haciendo un puchero—. Qué lástima. Lady Cary estaba segura de que usted estaría dispuesto a tal locura. Qué decepción que no pueda estar a la altura de las circunstancias.

Sinclair se aclaró la garganta. Sara había dicho que él estaría interesado en su amiga. ¿Qué tipo de juego estaba jugando después de todo lo que había estado ocurriendo entre ellos?

La sensación de ser traicionado y utilizado de nuevo lo invadió, y necesitaba irse. Recuperar su equilibrio antes de preguntarle a Sara sobre su conversación con la anfitriona esa noche. —No estoy interesado en un amorío, milady. Espero que no me haya invitado aquí para tratar de lograr ese fin. —Sus palabras fueron cortantes y duras, pero la idea de que Sara lo hubiera arrojado hacia su amiga le dejó un sabor amargo en la boca. Él no era un semental de alquiler.

¿Sara pensaba tan poco de él que lo trataría con tan poco respeto?

—Le ruego me disculpe, Lord St. Auburn. Simplemente deseaba conocerlo mejor. No hay necesidad de ser vulgar.

—Creo que hay poco espacio para la verdad en esta situación. Discúlpeme, y gracias por una velada agradable. —Agradable, al menos, hasta su conversación con Sara.

Salió de la habitación a grandes zancadas, sin molestarse en regresar al salón, sino que se dirigió hacia la salida de la casa. Le tomó poco tiempo ordenar su carruaje, y pronto estaba de camino de regreso a Mayfair.

Sus manos temblaban, y las cerró en puños en un intento de calmar su indignación. ¿Cómo se atrevía Sara a pensar que podía tratarlo de nuevo con tan poco respeto? ¿Acaso la chica estaba loca? ¿Qué juego estaba jugando?

En cuanto a Lady Stopford, qué desvergonzada al proponerle algo así. Nunca en su vida se

había sentido como las prostitutas que vendían sus favores en Drury Lane, como lo hacía en este momento.

Apretó los dientes. Cuando viera a Sara, tendría suerte si conversaba con ella, y no simplemente le daba un corte directo. Él era rico y tenía un título, y no la necesitaba a ella ni a nadie.

Y justo en este momento, no podía evitar pensar que ella no merecía nada menos.

CAPÍTULO
DOCE

SARA ESTABA sentada frente a las caballerizas de Lord St. Auburn, debatiendo si debía colarse por su jardín y solicitar una audiencia con el conde. ¿La recibiría tan tarde en la noche?

Él estaba enojado con ella. Lo había notado en el momento en que salió furioso de la casa de Lady Stopford, y desafortunadamente sabía de qué había tratado esa conversación.

Pero ¿por qué estar enojado con ella? Debería ser ella quien estuviera decepcionada de él. ¿Por qué coquetearía con Alice a menos que la estuviera castigando de alguna manera y lo hubiera estado haciendo a propósito?

Reuniendo valor, Sara descendió del carruaje y cerró la puerta lo más silenciosamente posible. —Espérame, George, pero que sepas que puedo tardar un rato —le dijo a su cochero mientras empujaba la puerta metálica del jardín y entraba en el jardín trasero de Sinclair.

Varias ventanas mostraban luz tras ellas, a pesar de que era mucho después de medianoche. ¿Estaría Sinclair aún despierto y en la planta baja? Tal vez no necesitaría despertar a ningún sirviente si podía encontrarlo en la casa.

Pero ¿podía ser tan atrevida? No era conocida por ser valiente, pero quizás era hora de que lo fuera.

Sara subió a la terraza y miró dentro del salón que daba a los jardines. Sin embargo, estaba vacío, pero la puerta de la habitación contigua estaba entreabierta, y la luz se filtraba hacia el espacio adyacente.

Sara probó la puerta y, sorprendentemente, la encontró abierta. Los nervios se acumularon en su estómago. Nunca antes había entrado a escondidas en la casa de alguien, y ciertamente no en la de un hombre en medio de la noche.

Pero este no era cualquier hombre. Era Sinclair.

El único hombre que hacía que su corazón dejara de latir y que las mariposas revolotearan en su estómago.

Entró y cerró las puertas de la terraza, caminó de puntillas por la habitación y miró lo que era la biblioteca. La angustia la atravesó al ver a Sinclair sentado frente a la chimenea, inclinado sobre sus rodillas, con la cabeza entre las manos.

Parecía preocupado, y su corazón se compadeció de él. Odiaba verlo solo y afligido.

¿Su conversación con Alice lo había perturbado tanto como para huir del entretenimiento después de la cena?

Sara llamó a la puerta, y él rápidamente miró en su dirección, registrando sorpresa en su apuesto rostro. Desafortunadamente, la sorpresa pronto fue reemplazada por molestia.

—¿Cómo has entrado aquí? —Sus palabras fueron cortantes y bajas. Se reclinó en su silla y estudió la chimenea apagada en lugar de mirarla.

Sara entró en la habitación y se preguntó si debía sentarse o no. Decidiendo que necesitaban hablar, se sentó a su lado, siguiendo su ejemplo y mirando también el marco de la chimenea.

—No te despediste en la cena, y no tuvimos la oportunidad de hablar. Estaba preocupada.

Él se burló, y ella tuvo su respuesta. Así que estaba enojado con ella. —¿Siempre tienes que ser tan falsa, Lady Cary? No intentes engañarme por segunda vez. Sé que le lanzaste a tu amiga a mi cabeza e intentaste que me la follara para que pudiera tener algo de satisfacción en su vida por lo demás estancada.

Sara tragó la bilis que subió por su garganta, y por primera vez desde que entró en la casa de Sinclair, notó la garrafa de whisky y el vaso vacío frente a él en la pequeña mesa.

—No le lancé a Lady Stopford a tu cabeza. Ella se entusiasmó con tu trato amistoso hacia ella durante la cena y me preguntó si creía que estarías dispuesto a acostarte con ella por un poco de placer mutuo.

—Y tú dijiste que lo haría. —Él encontró su mirada, con irritación goteando de cada fibra de su ser.

—¿Qué querías que le dijera? ¿Que no quiero que intente seducirte porque eres mío? ¿Porque te quiero para mí? Le estabas sonriendo desde el otro lado de la mesa, Sinclair. Un gesto que no me dedicaste ni una sola vez esta noche —dijo al fin, declarando verdades que ambos necesitaban darse cuenta.

—Estaba siendo agradable, pero eso no significa que quiera follarla.

—Y yo nunca dije que quisiera que lo hicieras. No podía decirle a Alice que no se le permitía intentar ganar tu favor. No es mi lugar hacerlo.

—¿Y de quién es la culpa? —espetó.

Sara negó con la cabeza, poniéndose de pie. —Sé que es mi culpa. Me persuadieron para ir en contra de lo que ambos corazones querían, pero no tuve elección. No puedes decirme que no habrías hecho lo mismo si la situación fuera al revés. Harías cualquier cosa para salvar a tu familia y evitar que cayeran en la pobreza.

Sinclair no respondió. En su lugar, se quedó frustrantemente callado, con un músculo trabajando en su mandíbula. —No me follaré a tu amiga como si fuera una puta de alquiler.

—No quería que lo hicieras —admitió ella, odiando que él pensara que ella desearía tal cosa —. Si hay alguien a quien vas a follar, Lord St. Auburn, voy a ser yo y nadie más.

Su mirada encontró la de ella, registrando sorpresa en su rostro. —¿Qué acabas de decir?

Sara tomó un aliento fortificante y se paró frente a él tan confiada como nunca lo había

estado. —Dije que no quiero que estés con nadie, ni beses, toques, bailes o duermas con nadie más a menos que esa persona sea yo. Ya no me quedaré callada ni dejaré de intentar agarrar lo que quiero.

—¿Y me quieres a mí? —preguntó él, el anhelo en sus ojos partiéndola en dos. ¿Cómo pudo haberse alejado de este hombre hace todos esos años? ¿Cómo pudo haber vivido sin él durante tanto tiempo?

Demasiado tiempo...

—Te quiero tanto, Sinclair. Esta noche en la cena, apenas pude mantener la compostura ante la idea de que te acostaras con mi amiga, de que iniciaras algún amorío ilícito con ella. Nunca había detestado tanto a mi amiga como la detesté esta noche. Siempre ha sido audaz, lo cual no me había molestado hasta hoy, hasta que sus deseos y demandas te involucraron a ti.

Él se puso de pie, alzándose sobre ella, y ella se quedó quieta. Sabía que él necesitaba tocarla, primero para dar paso a lo que ardía entre ellos. Para darle permiso de amarlo como ella quería.

Como siempre había querido.

Él no dijo una palabra, no por varios alientos antes de que tomara su mano y la arrastrara fuera de la habitación. —¿A dónde vamos? —preguntó ella, no con miedo, sino con expectación corriendo por sus venas.

—A mis aposentos.

CAPÍTULO
TRECE

SARA PERMITIÓ que Sinclair la guiara escaleras arriba. De hecho, lo seguiría a cualquier parte si él se lo pidiera. Nunca había dejado de amarlo, ni siquiera desde la distancia. Sin importar los muchos años transcurridos, su corazón se había estremecido de arrepentimiento cada vez que lo divisaba al otro lado de un salón de baile.

No permitiría que nada se interpusiera entre ellos esta noche. Había esperado demasiado tiempo para alcanzar y aferrar lo que deseaba, lo que siempre había querido, como para que se lo arrebataran de nuevo.

Solo les tomó un minuto llegar a la suite de habitaciones de Sinclair, un santuario al que ella nunca había tenido acceso. Él abrió la puerta, dejándola girar de par en par, y le hizo un gesto para que entrara antes que él.

La habitación era grande, con una puerta que conducía a lo que ella suponía era el vestidor y el baño. El papel tapiz de seda verde estaba alineado entre los paneles de madera oscura, con cortinas que combinaban con el encanto masculino.

Las ventanas se habían dejado abiertas esa noche, y las cortinas se agitaban ocasionalmente con la brisa fresca del exterior.

Detrás de ella, escuchó cerrarse la puerta, y antes de que pudiera volverse para decir algo, la cálida y abrumadora presencia de Sinclair estaba a su espalda. Se quedó quieta, esperando y anhelando que la tocara.

Sus dedos se posaron en la larga fila de botones en la parte trasera de su vestido, y con un cuidado que agotaba su paciencia, lentamente le desabrochó el vestido.

El corpiño se aflojó, y ella empujó el vestido hacia abajo hasta que se deslizó al suelo y se arremolinó a sus pies. Permaneció donde estaba, vistiendo solo su camisola de lino y el corsé de algodón trenzado. Las fuertes manos de Sinclair trabajaron en los cordones del corsé antes de que este también fuera descartado, cayendo al suelo con un golpe sordo.

Sara no pudo esperar más. Se volvió para enfrentar a Sinclair. Su respiración se detuvo en sus pulmones ante la visión de él. Sus ojos ardían con un hambre lo suficientemente caliente como para abrasar.

Dios mío, el hombre la hacía temblar de rodillas. Se acercó a él, desatando su corbatín y

arrojándolo a un lado antes de trabajar en los pequeños botones de su camisa.

Él se sacó la camisa de los pantalones y se la quitó por la cabeza. Sara se mordió el labio, admirando su forma musculosa. Sin pensarlo, extendió la mano y la deslizó por su pecho, apreciando la sensación de su perfección masculina, el vello áspero y los músculos cincelados que eran rígidos todo el camino hacia abajo...

Encontró su mirada mientras le abría la bragueta de un tirón, alcanzándolo. Sinclair inhaló bruscamente cuando ella lo acarició. Era tan grande, y lo quería dentro de ella.

Su cuerpo dolía, y ella suplicaba que la tomara.

—Te deseo tanto, Sinclair —Sara cerró el espacio entre ellos y le agarró la nuca. Lo besó, devoró su boca y bebió de él todo lo que estaba dispuesto a dar.

Sabía tan bien, como whisky y pecado.

—Yo también te deseo —Sinclair la levantó en sus brazos y se dirigió a la cama en unos pocos pasos. La arrojó sobre el lecho, y ella se rio cuando rebotó antes de que él se uniera a ella, arrastrándose por encima para acomodarse entre sus piernas.

Sara envolvió sus piernas alrededor de su cintura, y su virilidad presionó contra su sexo. No había más tiempo para juegos, para retrasar lo inevitable. Hacía mucho que habían superado ese juego.

Él encontró su mirada, alcanzando sus manos antes de levantarlas por encima de su cabeza, manteniéndola cautiva.

Un escalofrío la recorrió ante su dominancia, y sorprendentemente, le gustaba este lado de él. Quería que la tomara, que la hiciera suya para hacer con ella lo que le placiera.

Estaba más que dispuesta a ceder un poco en este aspecto.

Su masculinidad presionaba contra su sexo, y ella se retorció, la necesidad de tenerlo, de sentirlo superando cualquier temor que pudiera haber sentido. No había estado con un hombre desde el fallecimiento de su esposo, y esas interacciones nunca quiso repetirlas ni recordarlas.

Sinclair embistió dentro de ella, manteniéndola contra el suave lecho, y ella gimió, enganchó sus piernas detrás de su espalda y se entregó al placer que él prometía brindarle.

Su miembro era grueso y largo, satisfaciendo el dolor profundo dentro de su vientre. —Sí, Sinclair. Más. Quiero más.

—Te daré más —gruñó, embistiendo a Sara nuevamente. El placer que se reflejaba en sus hermosas facciones lo instaba a darle todo lo que ella deseara.

Se sentía tan bien, apretada y húmeda. Tan condenadamente húmeda.

Sus piernas se aferraban a sus nalgas, presionándolo contra ella, guiándolo para que la tomara, para que la follara como él quería. Como ambos querían.

—Joder, se siente tan bien.

Ella asintió, mordiéndose el labio, cerrando los ojos en éxtasis, y sus testículos se tensaron ante la visión de ella. Soltó sus manos, y ella lo alcanzó, deslizándolas sobre sus hombros, sosteniéndolo, tirando, instando, sus uñas marcando su piel en su disfrute.

—He esperado tanto tiempo por esto.

—Yo también —Y no había terminado. La deseaba. Quería doblegarla a su voluntad, hacerla gritar su nombre antes de que terminara la noche.

Se retiró y se sentó contra el cabecero. —Ven, siéntate en mi regazo —bromeó, dando palmaditas en su muslo con picardía.

Ella sonrió y lo montó sin dudar. Él negó con el dedo. —No, siéntate en mi regazo, pero de espaldas a mí. Voy a follarte así primero.

El asombro llenó sus hermosos ojos azules antes de que hiciera lo que le pedía. Se dio la vuelta, haciendo lo que él le pidió, colocando su dulce sexo sobre su miembro, y él observó cómo su verga se deslizaba en su perfecto anillo de Venus.

Aspiró bruscamente, respiró a través del impulso de correrse, y luchó por recuperar el control de sus sentidos. Agarró su camisola y se la quitó por la cabeza, dejándola desnuda y suya para admirar.

Él extendió los brazos y aferró sus senos, acariciando sus endurecidos pezones con los pulgares, mientras ella se mecía sobre él, encontrando su ritmo.

—Sinclair, oh, cielos —jadeó ella, cubriendo las manos de él con las suyas, ayudándole a masajear sus pechos.

Él la dejó encontrar su cadencia, contento de permitirle llevarlo hacia el clímax. Su sexo se estrechó alrededor de él, y gimió, preguntándose cómo había vivido la última década sin ella en sus brazos, sin ella en su vida y en su lecho.

¿Qué demonios había estado haciendo con su tiempo?

Después de esta noche, una cosa era segura: no podía vivir sin ella.

CAPÍTULO
CATORCE

VARIAS HORAS DESPUÉS, Sara despertó en un enredo de brazos y piernas. Yacía contra el pecho de Sinclair, el latido de su corazón era una sinfonía que calmaba cualquier preocupación persistente.

Todo estaría bien. ¿Cómo no iba a estarlo después de una noche de amor así?

Se acercó más a él, alcanzó su virilidad y lo provocó, la necesidad de estar con él de nuevo superaba el impulso de discutir lo que significaba su unión de esta manera.

¿Estaría dispuesto a perdonarla y amarla como lo habían hecho una vez?

Él se estiró debajo de ella, y ella se montó a horcajadas sobre él, su cuerpo lejos de estar satisfecho aún. Lo necesitaba como necesitaba el aire.

Sinclair era una adicción de la que nunca se había librado.

Las manos de él se aferraron a sus caderas, y ella encontró su mirada. Él parpadeó alejando el sueño antes de que su mirada se oscureciera con hambre y necesidad. Más que dispuesto a entretenerse con lo que ella estaba proponiendo.

—Estás siendo muy atrevida —dijo él, con una sonrisa burlona en los labios.

Ella se bajó sobre él, soltando un jadeo sorprendido por lo bien que encajaban, las deliciosas sensaciones que la recorrían cada vez que él empujaba hacia arriba.

Se apoyó en su pecho, encontrando su ritmo, y se perdió en sus brazos. —No creo que nunca desee que esto se detenga —admitió, sabiendo que pronto tendrían que discutir su futuro si iba a continuar.

Si es que había un futuro entre ellos.

El anhelo la desgarró, y esperaba que lo hubiera. Pero solo si Sinclair la perdonaba completamente y ya no se aferraba al dolor que aún llevaba.

Él embistió dentro de ella, sus dedos aferrando sus caderas, moliéndola contra él con cada embestida. Sara gimió, la dulce provocación profunda dentro de ella haciéndola desear más, tomar y dar todo lo que tenía.

—Sí, fóllame, Sara —las palabras de Sinclair la instaron a continuar y le dieron confianza—. Toma tu placer.

Ella dejó de lado toda precaución, aumentó su ritmo, balanceó sus caderas y lo tomó

profundamente, provocando el pequeño punto dulce dentro de ella que suplicaba por la liberación.

Estaba cerca, la sensación se acumulaba en su núcleo, y no cedió. Tomó lo que él ofrecía y se perdió en su acto de amor.

Él alcanzó uno de sus pechos, provocando su pezón. El placer se disparó, poderoso y rápido, y ella se aferró a él mientras su liberación la sacudía, contrayéndose alrededor de su virilidad, seduciéndolo para que se uniera a ella en su satisfacción.

—Sinclair, oh sí, esto se siente demasiado bien.

—Lo sé —gimió él, rodándola sobre su espalda y embistiendo con fuerza. Un segundo orgasmo la atravesó con sus atenciones. Sara gritó su nombre. En algún lugar de su bruma de deleite, lo oyó llamar el suyo, una y otra vez, mientras su propio placer explotaba dentro de ella.

Sinclair se desplomó a su lado, sus respiraciones entrecortadas, el sudor acumulado en su piel, pero a Sara no le importaba. La satisfacción la hacía sentir somnolienta, y se quedó saciada durante varios minutos, recuperando el aliento y contenta de hacer lo menos posible.

—¿Qué voy a hacer contigo? —dijo Sinclair al fin, su voz profunda con contemplación.

Sara lo miró y frunció el ceño. —¿Tienes que hacer algo conmigo? ¿No podemos simplemente disfrutarnos así tanto como queramos y por el tiempo que queramos?

—¿Es eso lo que realmente quieres? —preguntó él.

Sara tomó un profundo respiro y reunió su coraje. Tenían que hablar de su futuro pronto, y no había mejor momento que el presente. Se sentó y se arrodilló en la cama, frente a Sinclair.

—Voy a ser honesta contigo, Sinclair, y necesito que no respondas hasta que termine lo que estoy a punto de decir.

Sinclair se sentó y se apoyó contra el cabecero, asintiendo en acuerdo. —Muy bien, ¿qué tienes que decir?

—Sabes que cometí un terrible error que rompió nuestros corazones. Te amaba muchísimo, incluso a la tierna edad de dieciocho años, y nunca quise herirte. Pero amaba a mis padres, por más egoístas que fueran sus acciones, y no podía decepcionarlos. Pero no quiero que nuestro pasado sea nuestro futuro. Quiero un futuro contigo. Te sigo amando, Sinclair. Nunca he dejado de hacerlo, ni siquiera cuando te apartabas para evitarme en bailes y fiestas o me reprendías como lo has hecho varias veces esta temporada, en ningún momento.

—¿Ni siquiera cuando estabas casada con Lord Cary? —preguntó él.

—Ni siquiera entonces. Te anhelaba cada vez que te veía, y nunca sabré cómo no te diste cuenta de eso. —Sara bajó la mirada hacia la sábana blanca de lino y reunió más de su determinación—. Supongo que soy muy buena ocultando mis emociones tras una máscara de indiferencia, pero nunca lo fui. Creo que... —Frunció el ceño, preguntándose si debía admitir algo tan inquietante.

—¿Qué crees? —preguntó él, observándola atentamente.

Sara se aclaró la garganta y continuó. —Creo que si me hubieras propuesto algo incluso

cuando Lord Cary estaba vivo, habría aceptado. Sé que cometí un error, pero eso no significa que no podamos corregir el error ahora.

Sinclair se incorporó, su boca apretada en una línea tensa. —¿Corregir el error? ¿Me estás preguntando si estoy dispuesto a casarme contigo ahora?

—Bueno —dijo Sara, encogiéndose de hombros—. ¿Qué nos lo impide? Soy viuda, y tú estás soltero, y estamos aquí, en la cama juntos. Solo puedo asumir que aún sientes algo por mí.

—¿Fue por eso que te acostaste conmigo? ¿Para que me casara contigo?

Sara se sobresaltó ante su tono acusador. —Por supuesto que no. Simplemente deseo casarme contigo y esperaba que tú también quisieras casarte conmigo. Si aún no te has dado cuenta de la verdad, Sinclair, todavía te amo, muchísimo. Quiero que mi futuro sea contigo, tal como siempre debió haber sido mi pasado.

—¿Me amas? —Se movió hacia un lado de la cama y se levantó, volviéndose para mirarla, tan desnudo como el día en que nació. Cuando se trataba de Sinclair, Sara tenía muy poco autocontrol, y su atención se desvió hacia su cuerpo masculino, que le brindaba tanto placer que ya anhelaba estar con él nuevamente.

—Esto parece repentino, ¿no crees? No puedo evitar sentir que, como estás sin fondos y viviendo de la ayuda de tus amigos, agitar nuestro pasado, tentándome con la idea de tenerte como mía, es una forma de casarte con un hombre rico. No te casarías conmigo cuando era pobre. ¿Por qué soy adecuado ahora?

Sara se quedó boquiabierta y sintió que la sangre se le iba del rostro. Se retorció para salir de la cama, agradecida de que su camisa interior fuera la primera prenda que pisó. Se la deslizó por la cabeza y buscó su corsé. —No puedo creer que me digas eso. Sé que soy pobre, que las tornas han cambiado entre nosotros, pero ese no es el motivo por el que quiero casarme contigo. Simplemente no quiero que pase otro año de mi vida y sea tan miserable y solitaria como he sido desde el momento en que te perdí. —Las lágrimas se agolparon en sus ojos mientras se ponía el corsé, atándolo lo mejor que pudo con los cordones en su espalda.

Sinclair la miraba fijamente, aparentemente tratando de desentrañar su conversación, que no era como Sara había pensado que iría.

—Lord Cary lleva muerto años. ¿Por qué ahora? Podrías haberme buscado un año después de su muerte, y sin embargo han pasado ocho. Debes ver cómo parece esto —afirmó Sinclair, aún de pie junto a la cama, desnudo.

Sara encontró su vestido y se lo puso, aliviada de ver que aún era de noche afuera y que era poco probable que su cochero notara que su vestido estaba desatado cuando se marchara.

—Tenía demasiado miedo de hablarte. La idea de que me ignoraras en sociedad me impidió corregir mi error. Solo con la edad lamento no haber sido tan audaz en ir tras lo que quiero. No importa lo que se diga aquí esta noche, te quiero a ti. Estoy diciendo aquí y ahora que te amo y siempre he querido casarme contigo. Puedes hacer lo que quieras con esa información, puedes no creerla o puedes ignorarla, pero es tan cierto como que estoy aquí de pie, y no me disculparé por

ello. Puedes perdonarme por completo, Sinclair, o nuestra única noche, esta noche, será la última vez que nos veremos, porque no puedo vivir aquí en Londres si no eres mío.

CAPÍTULO
QUINCE

SINCLAIR OBSERVÓ a Sara ponerse los zapatos y huir de su habitación, con la parte trasera del vestido abierta y mostrando su ropa interior.

Se pasó una mano por el pelo, con el estómago hecho un nudo, su mente un torbellino de pensamientos y temores, de dolor y enojo.

La imagen de su hermoso rostro, herido por sus palabras, destelló ante él, y supo que necesitaba tomar una decisión. Avanzar o permanecer atrapado en el pasado donde la ira, el dolor y la desconfianza se enquistaban en su mente e impedían su capacidad de pensar con claridad.

El sonido de sus pies calzados bajando por su escalera lo impulsó hacia su decisión, y rápidamente se puso los pantalones, moviéndose hacia la puerta de su dormitorio y el futuro que lo llamaba más allá.

Con Sara...

Corrió por el pasillo, decidido a detenerla, a poner fin a su desavenencia, a su pasado, y aferrarse a un futuro con ella que prometía ser tan maravilloso que el pánico se apoderó de él cuando descubrió que ya había llegado a los jardines.

—Sara, espera —gritó desde las puertas de la terraza, sin importarle que su personal se diera cuenta de que estaba persiguiendo a una mujer por sus terrenos de noche. Todo lo que le importaba y deseaba era abrazar a la mujer que se había escapado de sus manos diez años antes, pero que ahora volvía a sus brazos, si tan solo él lo permitiera.

Ella detuvo su apresurada partida y se volvió. Las lágrimas manchaban sus mejillas bajo la luz de la luna, y sus pasos vacilaron antes de correr hacia ella, atrayéndola a sus brazos y abrazándola con fuerza. —Lo siento. Lo siento mucho, Sara. No quise decir nada de lo que dije. Nació del dolor de haberte perdido y, supongo, de querer castigarte por el sufrimiento que he albergado desde entonces.

—Sé que te herí, pero yo también estaba herida, Sinclair. Te he deseado durante tanto tiempo que a veces no podía ver con claridad. Ojalá hubiera venido a ti antes y te hubiera pedido perdón, pero no lo hice, y no puedo cambiar eso —dijo ella, con las palabras amortiguadas contra su pecho.

Sara lo miró, y él acunó su rostro, limpiando las pocas lágrimas que quedaban en sus

mejillas. —Pero te lo pido ahora, que nos des una segunda oportunidad. Que me ames como yo te amo tanto. No quiero perderte por segunda vez.

Sinclair la acercó, el aroma a vainilla calmando su alma herida y recomponiéndola. —Lo siento por aferrarme a mi dolor y hacerte sufrir. A partir de este momento, nunca más lo haré. El pasado puede quedarse donde pertenece. Solo te quiero a ti y que nuestro futuro sea tan maravilloso como ha sido esta noche.

Sara se mordió el labio, y Sinclair no pudo negarse un sabor de ella. Inclinó la cabeza, besándola larga y lentamente. Ella se abrió para él, sus brazos rodeando su espalda y manteniéndolo cerca.

Sinclair se apartó y miró a Sara con asombro, sus ojos llenos de maravilla y esperanza. —Yo también te amo, Sara. Siempre lo he hecho y siempre lo haré. En lugar de ser un cobarde y albergar mi dolor, debería habértelo dicho hace muchos años.

Las lágrimas brotaron en sus ojos, y él sonrió, abrazándola con fuerza. Quería consolarla siempre, tranquilizarla y adorarla. —¿Te casarás conmigo, mi querida amiga más antigua? —preguntó.

Su abrazo se apretó, y él sintió que asentía antes de hablar. —Sí —dijo ella, mirándolo, su sonrisa amplia y genuina—. Sí, me casaré contigo. No deseo nada más.

Sinclair la tomó en sus brazos y la llevó de vuelta hacia la casa. —Bueno, como vas a ser mi esposa y futura Condesa St. Auburn, no hay mejor momento que el presente para celebrar la ocasión.

—¿Celebrar? —preguntó Sara, riendo cuando él la llevó a través del umbral hacia el salón.

—Con champán, por supuesto, y tú y yo solos hasta la mañana, cuando me esforzaré por conseguir una licencia especial, y nos casaremos a toda prisa.

—Sabes que las lenguas de la alta sociedad hablarán de la prisa de nuestras nupcias.

Sinclair la dejó en el salón, se acercó al cordón de la campanilla y llamó a un sirviente. —Bien, que hablen. Que hagan lo que quieran. No tiene ninguna consecuencia para nosotros. Nadie dictará nuestro futuro nunca más. Solo nosotros tendremos ese poder.

Sara se unió a él junto al cordón de la campanilla y rodeó su cintura con sus brazos. —Aparte de tu dulce propuesta de esta noche, eso es lo más celestial que he escuchado jamás. Cuento las horas hasta que sea tuya.

Sinclair besó la punta de su nariz, embriagándose de la mujer que adoraba y amaba más que a la vida misma. —Así como yo siempre he sido tuyo, Sara.

Y siempre lo sería...

EPÍLOGO

Un año después, Londres

SARA ESTABA SENTADA en un sofá en su salón privado, hojeando *La Belle Assemblée* para decidir qué vestidos mandaría hacer para la próxima temporada.

Su hijo, Bailey Sinclair Ambrose, vizconde de Roche, yacía envuelto en una pequeña cesta a su lado. Acababa de ser alimentado y tenía mucha necesidad de dormir después del esfuerzo de comer.

—Aquí estás. Te he estado buscando por todas partes —dijo Sinclair, entrando a zancadas en la habitación. Sara se deleitó con la visión de él, vestido con sus pantalones de montar y una chaqueta verde botella que resaltaba el color de sus ojos.

Suspiró para sus adentros. Su marido era tan apuesto y viril, y la mimaba tanto que no podía evitar enamorarse un poco más de él cada día.

—Bailey está durmiendo, y yo me estoy poniendo al día con las últimas tendencias.

—Bueno, ya sabes qué atuendo me encanta verte llevar siempre —Sinclair se sentó junto a ella y Bailey, y metió la mano en la cesta, acariciando la mejilla de su hijo con un dedo.

La visión de su marido, tan completamente enamorado de su bebé, hizo que su adoración se duplicara. Qué afortunada era de tener al amor de su vida como esposo.

—¿Y qué atuendo es ese? —preguntó ella, estudiándolo y viendo la luz juguetona que entraba en sus ojos cuando la miró.

—El atuendo que llevas cuando estamos solos en nuestra habitación.

Sara se rio y tiró la revista a un lado justo cuando la niñera de Bailey llamó a la puerta y entró. —Mi señora, ¿quiere que lleve al Lord Roche arriba para su siesta?

—Sí, gracias, May —dijo Sara, esperando a que la niñera se fuera—. Eres incorregible. Sabes que no llevo nada cuando estamos solos.

—Exactamente —rio él.

Sara sonrió. —¿Cuáles son tus planes para esta tarde? Ya veo que has estado montando —Sara caminó hacia la puerta y echó el cerrojo.

Sinclair se dirigió al escritorio en el que a menudo trabajaba en el salón privado de ella para

poder pasar más tiempo juntos como familia. De hecho, rara vez trabajaba en la biblioteca de abajo, prefiriendo estar cerca de ella y de Bailey. —Tengo que escribir una carta a nuestro administrador, y luego debemos prepararnos para la cena de esta noche con Lord y Lady Kempt.

Sara se acercó a Sinclair en el escritorio. Habían pasado varias semanas desde que habían sido íntimos, el nacimiento de su hijo había interrumpido tales interacciones, pero esa mañana, el médico le había dado el alta y podía reanudar la vida cotidiana como antes.

Sinclair deslizó un trozo de pergamino frente a él y cogió su pluma. Sara le arrebató la pluma de la mano y la colocó dentro del tintero.

Él la miró confundido. —¿Ocurre algo? —Se puso de pie, con preocupación grabada en su apuesto rostro.

Sara negó con la cabeza, moviéndose frente a él y meneándose para sentarse en su escritorio. Alcanzó el dobladillo de su vestido, levantando sus faldas hasta que el vestido se amontonó en su cintura, exponiéndose ante Sinclair por primera vez desde que tuvieron a su bebé.

Los ojos de él se oscurecieron de deseo, y el estómago de ella se retorció en un delicioso nudo. —¿Estás segura de esto?

Sara lo alcanzó, tirando de él para que se parara entre sus piernas. Él sonrió con maliciosa intención, y el calor se acumuló en el centro de ella. —Estoy más que segura, Sinclair.

Ella le abrió la bragueta de un tirón, alcanzándolo, y él gimió, bombeando varias veces en su mano antes de empujarla hacia el borde del escritorio y presionarse contra ella, tomándose su tiempo para no lastimarla.

Pero no hubo dolor, solo una dulce presión mientras se movían en un ritmo que hizo que su corazón latiera rápido y su piel hormigueara de expectación.

—Se siente tan bien, Sara. He extrañado esto.

—Yo también te he extrañado —Se recostó en el escritorio, envolviendo sus piernas alrededor de su cintura, y lo observó poseerla. Él le subió las faldas más arriba sobre la cintura y pasó su pulgar por su monte de Venus, acariciando el pequeño botón que suplicaba atención.

Había pasado tanto tiempo desde que había tenido satisfacción, y como una adicción, había anhelado el día en que pudieran volver a estar así. Gimió, estirándose hacia atrás para agarrar el borde del escritorio mientras él embestía dentro de ella, sus movimientos profundos y seguros.

—Dime que estás cerca. Voy a terminar —advirtió.

Ella murmuró una respuesta que ni siquiera entendió, pero estaba cerca. Su cuerpo vibraba de expectación, su liberación al borde de precipitarla en un vórtice de satisfacción.

Y entonces él embistió dentro de ella otra vez, y ella se deshizo en sus brazos, se desmoronó y saboreó cada segundo de su desmoronamiento. —Sí, Sinclair —gritó mientras su cuerpo cabalgaba su liberación hasta el final.

—Me estoy corriendo —jadeó Sinclair, bombeando su semilla dentro de ella, prolongando su éxtasis mientras el suyo lo consumía.

Después de varios latidos, Sinclair la ayudó a sentarse en el escritorio, pero ella no quería

hacer nada ahora. En cambio, deseaba saborear el placer que él siempre provocaba en su persona.

—Ven, debes bañarte y descansar antes de esta noche —sugirió él.

Ella le permitió ayudarla a bajar del escritorio, y juntos, se dirigieron a su suite de habitaciones. Entraron primero en la suite de Sinclair, y su ayuda de cámara estaba allí para recibirlos. —Por favor, pide a la doncella de Sara que prepare un baño para su señoría —ordenó.

Sara se acercó a Sinclair cuando su ayuda de cámara fue a cumplir sus instrucciones y pasó sus manos por su pecho, deleitándose con la sensación de su rápido latido debajo. —Quizás podamos bañarnos juntos antes de esta noche. La bañera tiene más que suficiente espacio para dos —sugirió.

Él le dio un toquecito en la barbilla. —Estás muy traviesa esta noche, y creo que podría ser persuadido.

Sara sonrió, contando los minutos que faltaban para que el baño estuviera listo y pudiera estar a solas con Sinclair de nuevo. —Has tenido un largo y duro paseo esta tarde. Tú también deberías bañarte antes de la cena.

—Creo que fuiste tú, mi señora, quien fue cabalgada.

—Me refería a cuando montabas a caballo —bromeó ella, contoneándose hacia la puerta que comunicaba sus aposentos. Le lanzó una mirada que prometía más placeres por venir—. Te veré pronto, mi señor —dijo, dejándolo contemplándola desde el pie de su cama.

Él la siguió con pasos apresurados, tal como ella lo seguiría a él a cualquier parte.

Siempre.

OTRAS OBRAS DE TAMARA GILL

La Sociedad 1777

Amoríos y Duques

Los York Rebeldes

Las Incontrolables Woodvilles

Liga de Caballeros Incasables

Besa al Marginado

Casarse con un pícaro

Lords de Londres

Casa Real de Atharia

Amor escocés a través del tiempo

Una Temporada Robada

Londres Escandaloso

Alta Mar y Grandes Apuestas

Hijas de los Dioses

LIBROS INDEPENDIENTES

Rendición Desafiante

Convenio Atrevido

Pecar con Escándalo

Forajidos

ACERCA DE LA AUTORA

Tamara es una autora australiana que creció en una antigua ciudad minera al sur de Australia, donde se orginó su amor por la historia. Tanto es así, que hizo que su querido esposo viajase al Reino Unido con ella para celebrar su luna de miel, momento donde le arrastró desde los monumentos históricos hacia los castillos y viceversa.

Es madre de tres, dos pequeños caballeros en crecimiento, y una futura lady (eso espera ella) y un trabajo de medio tiempo la mantienen ocupada en el mundo real, pero cada vez que encuentra un momento de paz, ama escribir novelas románticas en una plétora de géneros, incluyendo las regencias, el medievo y viajes en el tiempo.

